

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Xochimilco

**“De la exclusión a la participación: adolescencias de la
calle como sujetos sociales”**

TRABAJO TERMINAL
QUE PARA OBTENER EL GRADO
DE LICENCIADAS Y LICENCIADOS LA LICENCIATURA EN
PSICOLOGÍA

PRESENTAN:

Arista Mejia Nathaly Alitzel
León Ramírez Audrey Sheccid
Molina Pérez Yessenia
Padilla Valdés Maximiliano Sair
Romero Mariñelarena Julián Alejandro

ASESOR:

Dr. Eliud Torres Velázquez

CO-ASESORA:

Dra. Martha Araceli Zanabria Salcedo

CIUDAD DE MÉXICO 01 OCTUBRE DEL 2025

Quisiéramos comenzar expresando el más sincero agradecimiento a nuestro tutor Eliud Torres y a nuestra co-asesora de tesis, Martha Zanabria, que con cuya experiencia y paciencia fueron parte fundamental para la realización de este trabajo. Su constante guía no solo nos proporcionó claridad académica, sino también motivación en momentos de duda.

A nuestras familias les agradecemos profundamente el amor incondicional y el apoyo constante. Su confianza y fortaleza en los momentos de mayor exigencia han sido el motor que nos permitió completar este camino y seguir adelante. Sin ustedes, este logro no habría sido posible.

Agradecemos a la Universidad Autónoma Metropolitana por brindarnos la oportunidad de crecer académica y profesionalmente, así como a nuestros/a docentes que con sus enseñanzas marcaron nuestro camino formativo.

De igual forma agradecemos a la institución Fundación Pro niños de la calle IAP que con su apertura y disposición fueron parte indispensable de nuestro proceso investigativo en el cual pudimos posicionarnos ante nuestros sujetos desde la sensibilidad y consciencia que amerita estos contextos.

Finalmente, agradecemos a todos los colegas y colaboradores que participaron en el proceso de esta investigación. Su ayuda en la recopilación de datos y revisión de nuestro trabajo enriquecieron este proyecto de maneras que no habríamos pensado. Esta tesis es el resultado de un esfuerzo colectivo, donde el trabajo en conjunto ha sido la base de este logro compartido.

A todos, gracias por ser parte de este viaje.

Índice	
Introducción	5
Capítulo 1. Conociendo la calle.	10
Problemática de la investigación.	13
Capítulo 2. La calle y su historia.	14
¿Qué es la calle?	19
Historia de la calle y de Pro-niños.	21
Capítulo 3. Enfoque metodológico y herramientas metodológicas.	24
Campo de estudio	28
Capítulo 4. Construcción e implementación del dispositivo	29
Conociendo la calle.....	29
Del juego a la confianza	30
Entre calles y encuentros	31
¿Cómo veo la calle?	36
Capítulo 5. De la exclusión a la resistencia.....	37
¿Por qué la calle?	37
La familia en el horizonte simbólico	38
La violencia como condición sistemática y estructural	41
Consumo de estupefacientes.....	43
Construcción de nuevos sentidos	45
Educación/aprendizajes	46
Cuidados	49
Adolescencias de la calle: sujeto social	53
La calle como territorio de pertenencia.....	54
Reflexiones finales.	58
Referencias bibliográficas.....	61

*“El tiempo de la calle es el tiempo del presente. El presente es lo único que cuenta,
el único que existe, porque el futuro es inasible”*

Lucchini (1996)

“El corazón habita el cuerpo, como el cuerpo habita la calle”

Relato anónimo

Introducción

La presencia de las/los adolescentes de la calle es una realidad en la mayoría de los países del mundo, especialmente en países de Latinoamérica donde los motivos que las/los llevan a tomar la decisión de vivir en la calle son tan diversos y complejos, que van desde el sentido de libertad y pertenencia que generan las redes de apoyo entre pares, hasta la violencia en el ámbito familiar y la exclusión. Esto desafía a las instituciones sociales, educativas y de salud pública, a tomar decisiones acerca del enfoque de cómo deben intervenir.

Cabe destacar que a lo largo de los años se han generado numerosos debates sobre los diferentes conceptos que intentan denominar esta condición, debate que sigue vigente y el cual se contempló durante esta investigación. Es importante aclarar que las diferencias entre la mayoría de estos conceptos radican en la posición en la que las/los investigadores en instituciones se colocan para intervenir, por ejemplo:

El concepto de adolescentes en situación de calle es utilizado principalmente por instituciones que trabajan con población callejera y en proceso de callejerización, esto con el objetivo de promover la idea de que esta es una situación, es decir, que la estancia en calle es temporal y que las instituciones son capaces de sacarlos o reducir su estancia en la calle, este concepto apoya la narrativa de muchas instituciones privadas y públicas con la obtención y recaudación de fondos para seguir operando.

Por otro lado, Lucchini (1993) menciona que los adolescentes de la calle son aquellos que han significado su vida en calle como forma de subsistencia. Viven de manera permanente en la misma, apropiándose del espacio en el que se encuentran, la calle es su entorno principal de socialización y supervivencia. Generalmente se encuentran desvinculados completamente de la escuela y otros sistemas de apoyo social e instituciones y pueden estar involucrados en actividades de riesgo como el consumo de drogas, la delincuencia, o la prostitución.

Sin embargo, para esta investigación se precisa el concepto de adolescentes de la calle para referirse también a aquellos que quedaron varados en las calles de la CDMX a causa del fenómeno migrante, al igual que los que viven procesos de callejerización provenientes de familias y comunidades expulsoras, al mismo tiempo se utilizara el concepto de sujetos para hacer referencia general de la población en calle. Así mismo, trabajamos principalmente con adolescentes de un rango de edades

de 10 a 17 años. Es importante mencionar que estos siguen teniendo vinculación con sus familias, la cual no es estable ni constante en la mayoría de los casos, generalmente estos vínculos no se perciben debido a que solo llega a presentarse en fechas u ocasiones especiales, ya sea el día de la madre, navidad, año nuevo o en ocasiones donde las/los adolescentes lleguen a fallecer.

Según Lucchini (1993) esta permanencia en la calle es causada por factores macroscópicos, mesoscópicos y microscópicos. Los factores macroscópicos hacen alusión a situaciones sociales y económicas, como las deudas del Estado las cuales inciden en las condiciones de vida en América Latina, causando fenómenos migratorios del campo a la ciudad

Por otro lado, los factores mesoscópicos o intermedios se basan en ver los fenómenos como lo es la urbanización acelerada, el desempleo, las largas distancias de residencia a los lugares de trabajo, la inseguridad o el abandono escolar, de igual forma, hace mención a que el sujeto pertenece a una realidad donde no es un actor social.

En cuanto a los factores microscópicos, estos mencionan la realidad en la que los sujetos están directamente implicados, este estudia la estructura familiar, de parentesco, así como el sistema de ayuda entre la vecindad, las bandas en el barrio, los grupos de adolescentes de la calle entre muchos grupos más. Estos elementos internos configuran el balance que hace el adolescente entre la experiencia familiar y su conocimiento de calle.

Las/los adolescentes se enfrentan a una realidad ambivalente en la cual perciben un sentido de libertad y pertenencia a través de los vínculos que generan; aunque también enfrentan problemáticas y desigualdades que abarcan desde la deserción escolar, el consumo de sustancias, falta de acceso a servicios básicos y la constante violencia. Ante esto, las estrategias asistencialistas que buscan cubrir necesidades inmediatas han demostrado ser insuficientes para lograr una transformación sostenible en sus vidas.

El asistencialismo se puede observar en múltiples espacios o instituciones, siendo este un resultado de las exigencias institucionales centradas en una obtención de resultados cuantificables y la demostración de eficacia para asegurar su continuidad, muchas veces se termina priorizando sólo algunos derechos humanos en lugar de abordarlos de forma integral, estas estrategias promueven una relación

de subordinación entre un benefactor poseedor de recursos y un beneficiario que carece de ellos (Destarac, 2008).

Esta práctica no tiene como principal objetivo generar cambios, por el contrario, mantiene y reproduce la desigualdad. Esto nos lleva a reconocer que lo que queremos observar, va más de la mano con el concepto de asistencia, lo cual no debe confundirse, ya que está funge como una forma de gestión social que posibilita el ejercicio de los derechos humanos y el reconocimiento de las identidades de la calle como sujetos activos con responsabilidades sociales (Giraldo, 2014).

Es por ello que surge la necesidad de replantear las intervenciones, según Guattari (1981) son formas de presencia para asumir y tratar los procesos sociales buscando la evolución de los mismos. En este sentido, la acción de intervenir se caracteriza por la configuración de dispositivos analizadores, estos tendrán el objetivo de desenmascarar aquello que es latente y que, a pesar de ello, en diversos casos no se nombra, esto para así propiciar la toma de una consciencia colectiva.

Estos dispositivos de análisis se entrelazan y moldean según las necesidades y exigencias del terreno de intervención, lo cual proporciona una mirada ética, situada hacia quienes debemos investigar, con esto, podemos decir que intervenir no se debe ver solo como el actuar sobre un campo, sino que trata de implicarse en él, escuchar y reconocer su historia desde adentro. Teniendo en cuenta esto, pensaremos la relación que existe entre la psicología social y la educación la cual es importante para poder entender estas dinámicas de exclusión y desigualdad que afectan a múltiples poblaciones como los adolescentes de la calle.

El ejercicio de una intervención consciente puede dar paso a estrategias de inclusión social, especialmente en proyectos como el nuestro, el cual se centra en investigar la apropiación de nuevos aprendizajes enfocados al conocimientos y ejercicio de sus derechos de los cuales se apropian las/los adolescentes de la calle para identificarse como sujeto social y cómo estos pueden ayudar o no a promover su autonomía y el pleno ejercicio de sus derechos en los espacios y contextos en los habitan.

Tanto Palacios (1979) como Comboni (2009) abordan críticamente la estructura educativa y los desafíos que impone la globalización en sociedades con alta heterogeneidad cultural. Comboni piensa la globalización como un proceso el cual impone modelos educativos homogeneizantes, desplazando las particularidades y singularidades culturales de cada población y sus contextos sociales. Esto ocasiona

que la educación no solo reproduce desigualdades, sino que se pueda convertir en un campo de resistencia donde pueden generarse propuestas de equidad e interculturalidad.

Esto es especialmente relevante en el caso de las/los adolescentes de la calle, quienes han sido discriminados por múltiples razones, ejemplo de esto es un sistema educativo que no reconoce sus experiencias, ni la singularidad de sus necesidades motivo que genera en ellos un rechazo hacia la educación formal.

Por su parte, Palacios (1979) critica la estructura tradicional de la escuela como parte de un sistema que perpetúa las desigualdades sociales. Se argumenta que los modelos autoritarios y unidireccionales de enseñanza refuerzan la sumisión y limitan el pensamiento crítico. Sugiere la implementación de pedagogías activas y participativas que consideren al estudiante como un sujeto activo en su proceso de aprendizaje, el cual pueda confrontar y cuestionar los conocimientos que adquiere en base a la singularidad del entorno.

Para entender la importancia de estas estrategias es fundamental el concepto de sujeto social, en el cual, las/los adolescentes de la calle no deben ser vistos como víctimas de un sistema que los excluye y los define como sujetos de protección si no como agentes instituyentes capaces de cuestionar y ejercer plenamente sus derechos “Ya que rico pobre funcionario estatal, desempleado, obrero, licenciado, analfabeta, hombre, mujer, homosexual, joven, viejo, son propiedades actuantes de la sociedad” (Rossana, 1996, pp. 470).

Es por esto que para este trabajo se define al sujeto social como aquel que actúa e influye en lo colectivo y en lo social, lo que constituye un universo social cambiante y discontinuo, cuyas características son resultado de una negociación-tensión entre la categoría sociocultural y los intereses de los sujetos. Esto precisa de un cambio en las narrativas institucionales, las cuales deben dejar de enfocarse en métodos asistencialistas, para así comenzar a promover la autonomía y la participación activa de las/los adolescentes como sujetos sociales y agentes activos en la construcción de su propio futuro, por lo que la psicología social contribuye aquí al analizar los efectos de la exclusión y proponer estrategias que promuevan la integración desde la participación activa.

Teniendo en cuenta la información anterior diseñamos nuestro proyecto, con un enfoque en el cual se ve a las/los adolescentes de la calle como sujetos sociales con capacidad de agencia sobre sus propias vidas, esto en tanto se construye una

interacción constante por medio de dinámicas y reforzamiento de sus derechos en los espacios en los que interactúan; por esto, el dispositivo metodológico va más direccionado a las implementaciones ya mencionadas.

Por otro lado, la psicología social es importante en la significación y resignificación de la experiencia de las/los adolescentes de la calle, esta disciplina entiende que la identidad no es fija, sino que se construye a través de la interacción social y la apropiación de significaciones culturales. El contexto de nuestra investigación implica que en las estrategias de intervención se consideran los procesos de subjetivación y socialización de estos adolescentes, es decir, cómo perciben su situación y qué aprendizajes se apropian para transformarla.

El trabajo de investigación se centrará en observar e identificar los aprendizajes que las/los adolescentes adquieren referentes al conocimiento y ejercicio de sus derechos permitiendo la apropiación de espacios y el acercamiento a instituciones que los asistan y acompañen en la satisfacción de sus necesidades, fomentando su autonomía y el pleno ejercicio de sus derechos. Para posteriormente poder analizar si esto les permite o no reducir su estancia en la calle.

A lo largo de esta investigación, se analizarán los diversos aprendizajes y conocimientos que adquieren o no las/los adolescentes de la calle, esto con el fin de reducir su estancia en la misma, y promover su autonomía, también se indagará cómo los espacios y las dinámicas logran subjetivar a las/los adolescentes. la subjetivación según Rolnik y Guattari (2006) es el proceso mediante el cual los individuos se configuran como sujetos, de esta forma debemos pensar en un proceso el cual no es individual, sino que es la configuración de un fenómeno profundamente colectivo, que atraviesa las formas en la que las personas perciben el mundo que les rodea.

Desde esta perspectiva, se configura como una respuesta afectiva al entorno, es decir, como un modo en el cual los sujetos se constituyen a partir de sus relaciones sociales, culturales y singulares, este proceso se desarrolla como un agenciamiento de las redes que generan formas de sentir y pensar brindándoles nuevas herramientas y conocimientos que les permitan resignificar sus experiencias y ejercer sus derechos de manera activa.

En un entorno tan complejo como la calle, es fundamental que los espacios de intervención no se limiten a cubrir necesidades básicas, sino que fomenten el desarrollo de las/los adolescentes, permitiéndoles visualizar un futuro más allá de la supervivencia diaria. Esto implica reconocer sus capacidades, sus voces y sus

experiencias como valiosas en la construcción de soluciones que respondan a sus realidades. Con esto buscamos que nos sea posible visualizar un fragmento de la realidad social desde el análisis de la subjetividad de los sujetos, cuestionando la problemática social acerca de su vida en la calle.

Por último, esta investigación también busca aportar a la discusión académica sobre los procesos educativos de las/los adolescentes de la calle. Al visibilizar sus historias y experiencias, se espera contribuir al desarrollo de estrategias y programas desde una perspectiva que los coloque como sujetos sociales y promuevan su autonomía y la agencia instituyente en la sociedad. De esta forma, se pretende generar un impacto positivo no solo en la vida de las/los adolescentes, sino también en la construcción de una sociedad más justa e inclusiva que reconozca el valor de cada uno de sus integrantes.

Capítulo 1. Conociendo la calle.

El enfoque de este trabajo pretende conocer, identificar y analizar la apropiación de aprendizajes que colocan al adolescente como un sujeto social y no sólo como un objeto de protección y receptor de asistencia. La población callejera está compuesta de sujetos, los cuales suelen desconocer sus derechos humanos, como lo son la educación, salud o identidad.

Debido a esto es importante que existan instituciones y espacios que les brinden apoyo a los mismos para que logren conocer y ejercer sus derechos, esto para garantizar que sus necesidades y aspiraciones sean atendidas de manera respetuosa, activa, tomando en cuenta los intereses u opiniones de los mismos, mediante el acceso a documentos, formas de autocuidado, educación formal e informal, como también espacios seguros, que les permitan construir un proyecto de vida autónoma y sostenible.

Proponemos que el conocer los espacios, permitirá identificar e implementar dinámicas para promover la autonomía que de paso a la reducción de tiempo de estancia en la calle lo cual es de vital importancia para abordar el contexto del adolescente de la calle, considerando autonomía desde la mirada de Castoriadis (1975) quien señala a la sociedad como la primera institución y reconoce en los sujetos la capacidad de agencia al cuestionar y así modificar las normas que los rigen.

Complementando esta idea, queremos resaltar la importancia de que las/los adolescentes se apropien de su cuerpo como una forma de ejercer su autonomía, lo cual implica priorizar el acompañamiento a través de herramientas que fomenten el autocuidado y el desarrollo de una conciencia crítica sobre sí mismos. De esta forma pueden significarse como sujetos sociales, capaces de dignificar su vida mediante el conocimiento y ejercicio de sus derechos para posteriormente reconocer su agencia en la sociedad que va desde la apropiación de espacios públicos hasta la formación de comunidades.

Tomando en cuenta la pedagogía de Freire (1968) la significación se refiere al proceso de comprensión profunda de la realidad, tanto singular como social, a través de la reflexión crítica y la acción. Ya que no se trata solo de adquirir conocimientos, sino de entender el significado de los mismos en relación con la propia vida y el contexto social. Freire resalta la importancia de la concientización como un proceso fundamental para la transformación social, ya que también implica tomar conciencia de la propia situación de opresión y del papel que se juega en ella, así como del potencial para cambiarla. Este proceso se desarrolla a través del diálogo, la reflexión crítica y la acción transformadora.

Esta apropiación y significación se ve reflejada de manera en que las/los adolescentes se reconocen como sujetos con una agencia social, capaces de tomar decisiones, como ingresar o no a una institución y de iniciar un proceso de vida independiente. En este sentido, adquieren el rol de sujetos instituyentes que, según Castoriadis (1975) son aquellos que pueden cuestionar y transformar el orden instituido al no limitarse a reproducir lo que la estructura social les ha designado.

Resulta relevante mencionar que, dentro del campo de los procesos educativos, se incluyen procesos formativos en ámbitos extra académicos que desarrollan habilidades para la vida diaria, la gestión emocional, el pensamiento crítico y las competencias laborales, entre otras.

Entendemos que al hablar de la educación en torno a la calle trae consigo aprendizajes particulares (la obtención de dinero, seguridad, alimento o refugio) enfocados a cubrir sus necesidades, los cuales les brindan a los sujetos habilidades para poder subsistir.

Esta realidad hace que exista una resistencia a aprender cosas enfocadas hacia el futuro, es por esto que Lucchini (1999) menciona que los sujetos de la calle sienten orgullo de su independencia, valoran la experiencia adquirida en las calles y se definen como “de la calle” por sus aptitudes y competencias para sobrevivir en ella. Sin embargo, el desarrollo de estas habilidades no significa una relación armoniosa con la calle, entendiendo que los peligros y obstáculos aumentan con la edad, mientras disminuye progresivamente el sentido de la calle como lugar lúdico.

Debido a ello, es pertinente desarrollar desde la psicología social estrategias que permitan a los sujetos nuevas formas de subjetivación, así como la apropiación de nuevos aprendizajes que logren ejercer su autonomía con pleno conocimiento de sus derechos, ya que, muchos adolescentes llegan a pensar la calle como un lugar el cual no les permite ser reconocidos como sujetos, la realidad en la calle no es favorable a la construcción de una identidad; por lo que las/los adolescentes intentan reivindicar una identidad colectiva cuyo soporte es la red a la que pertenecen y no la categoría general de adolescente de la calle.

Al pensar a las/los adolescentes como sujetos sociales, es posible generar espacios donde sea posible la creación de vínculos con la comunidad y otras redes esenciales para su desarrollo singular y social.

Finalmente es importante resaltar la relevancia que tienen estos aprendizajes y conocimientos que adquieren o no las/los adolescentes en los espacios donde se relacionan como sujeto social, con el fin de que ejerzan su autonomía y agencia, ya que la calle es una realidad compleja debido a que es un entorno en el que las instituciones tienden a decidir en qué derechos basar sus estrategias.

Algunas instituciones, privadas, gubernamentales o religiosas enfocan su actuar en el asistencialismo, ofreciendo la satisfacción de necesidades inmediatas, como la alimentación, vestimenta o el derecho a un “hogar digno”, llegando a separar a las/los adolescentes de su entorno, con la idea de protegerlos, buscando garantizar el cumplimiento de estos derechos, pero vulnerando otros, ocasionando miedo y rechazo a las instituciones, dificultando ayudar a estas poblaciones debido a la profunda desconfianza que estas acciones han generado.

Problemática de la investigación.

Supuesto de investigación

- La apropiación de aprendizajes enfocados en el conocimiento y ejercicio de sus derechos, permiten una significación como sujeto social propiciando el ejercicio de la autonomía y la agencia de los adolescentes de la calle al fomentar la participación activa, y el desarrollo de sus habilidades sociales y singulares.

Objeto de estudio

- Los aprendizajes que adquieren los adolescentes de la calle una vez que están vinculados a una institución con dinámicas enfocadas al conocimiento y ejercicio de sus derechos.

Descripción del campo

- El trabajo de campo de esta investigación se desarrolló en colonias del centro de la Ciudad de México, con ayuda de la fundación Pro-Niños de la Calle IAP, una institución que cuenta con poco más de treinta años de experiencia, trabajando en la atención de niños, niñas, adolescentes y jóvenes que viven o han vivido en las calles de la Ciudad de México.

Pregunta(s) de investigación.

- ¿De qué manera la apropiación de nuevos aprendizajes enfocados en el conocimiento y el ejercicio de sus derechos les permite una significación como sujeto social?

Objetivos.

- Objetivo general.
 - Identificar cómo el conocimiento y ejercicio de sus derechos permite o no a los adolescentes de la calle significarse como sujetos sociales.
- Objetivos específicos.
 - Conocer los procesos de subjetivación y significación de adolescentes de la calle y si es que estos se transforman al significarse como sujetos sociales.
 - Analizar sí la significación como sujetos sociales les permite o no el ejercicio de la autonomía y una participación activa en la sociedad.

Capítulo 2. La calle y su historia.

En este capítulo abordamos cómo fue nuestra búsqueda de información relevante para nuestra investigación a través de diversos textos, artículos, revistas, investigaciones, etc. El objetivo de realizar esta búsqueda, fue ampliar nuestro panorama respecto al tema de investigación elegido, por lo que, se decidió tener en cuenta los campos que ya se han investigado, desde qué perspectivas los diferentes autores abordan e intervienen la calle, con qué población se ha logrado trabajar, esto con el objetivo de conocer diferentes puntos de vista sobre el tema, nos parece importante resaltar la variedad de información que existe sobre los diferentes contextos de calle, cada uno con el enfoque correspondiente al área que desarrollan (educativo, de derechos, identidad, asistencia, de salud, etc). Este primer paso sirvió para identificar qué problemáticas se han investigado y desde qué perspectivas se han abordado.

Una vez definido el tema y las problemáticas de interés realizamos distintas búsquedas para obtener información relevante, es entonces que optamos por visitar la página oficial del Gobierno de México (2023), dado que al delimitar el tema de investigación se definió el Centro de la Ciudad de México como nuestra área de campo, en la página oficial encontramos estadísticas e información muy general sobre el tema a investigar, en esta mencionan algunas problemáticas que viven los NNAJ en calle, específicamente en México. Un ejemplo de las problemáticas que la página menciona es que “De acuerdo con estudios realizados por la Escuela Nacional de Trabajo Social (ENTS), cuatro de cada diez niñas y niños que viven en situación de calle caen en las adicciones con diferentes estupefacientes y en manos de la delincuencia; además, la estadística señala que la esperanza de vida se reduce a 22 o 25 años por daño físico a su salud”. (2023)

Esto llamó nuestra atención, debido a que las problemáticas que se viven en la calle, sólo se mencionan como estadísticas generalizadas, por lo que nos dimos a la tarea de ampliar más la búsqueda de información, lo cual nos llevó a encontrar diferentes puntos de vista de diversos autores; algunos de estos, fueron Taracena (2014) Bachiller (2009) quienes piensan que se llega a calle debido a los diferentes contextos familiares que se pueden presentar; ya sea por haber sido víctima de violencia familiar, carencias en la atención de los padres o falta de reconocimiento;

sin embargo, nos parece pertinente complementar esta idea con una cita de un informe de la Defensoría del Pueblo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (**CABA**) (2019) la cual tiene un artículo donde menciona que *“Los motivos que llevan a que una persona o familia termine viviendo en la calle son muy disímiles. Pueden resumirse en dos circunstancias distintas que llevan al mismo resultado. Aquellas personas que llegan a esa situación como consecuencia de un acontecimiento único (acontecimiento en el plano económico y/o social que desencadena una serie de rupturas que van llevando a las personas a alejarse de aquellos vínculos que los mantienen dentro de la sociedad); y aquellas personas que pierden su vivienda como consecuencia de una degradación progresiva de su situación socio económica”*.

Teniendo en cuenta los diferentes discursos de los autores y fuentes de información, logramos identificar que las condiciones de NNAJ de la calle, son variables a pesar de compartir ciertas similitudes. Esto, nos hizo comprender que las causas no se reducen únicamente al entorno familiar, sino que también incluyen factores estructurales, económicos, entre otros. Que pueden orillar no solo a una persona a vivir en la calle; sino que familias enteras se ven obligadas a vivir en ellas. Así se normalizan los problemas que viven los NNAJ de la calle los cuales no son solo adicciones y delincuencia, también es un nulo acceso a derechos y servicios públicos. Esto nos lleva a pensar el fenómeno tan complejo y multifactorial, que es la vida en calle lo cual nos abre la puerta a múltiples caminos que se pueden investigar.

Con la información mencionada anteriormente comenzamos a profundizar nuestras reflexiones en torno al tema de investigación; lo que nos llevó a cuestionarnos sobre el tema de los derechos humanos de la población de la calle, este aspecto despertó nuestro interés desde nuestra posición como investigadores, por lo que decidimos indagar más al respecto. Fue así como nos encontramos con el artículo *“Cartilla sobre los derechos humanos de niñas, niños y adolescentes en situación de calle”* (2017) el cual enfatiza la importancia de este tema considerando las distintas realidades que atraviesan los sujetos. En particular el documento incluye un apartado dedicado a las/los adolescentes de la calle, en el que se señala que:

El acceso a la información acerca de sus derechos es fundamental para poder entenderlos y hacerlos efectivos en la práctica. Ya que la enseñanza de estos tiene que ser accesible y adaptada al contexto, para así ayudar a superar los obstáculos a

la participación, de manera que los adolescentes en situación de calle puedan hacer valer sus opiniones (*Comité de los Derechos del Niño, 2017, pág. 15*).

Nos parece importante complementar esta información con los aportes de *Taracena* (2014) y *Bachiller* (2009), quienes señalan que los jóvenes viven situaciones de violencia en la calle, como lo es la discriminación. En estos contextos, nociones como la “limpieza” y el “orden” funcionan como criterios de normalidad desde los cuales se estigmatiza sistemáticamente a la población sin hogar. Además, ambos autores destacan que a los sujetos se les niega con frecuencia el acceso a documentos oficiales, lo que implica una grave vulneración de sus derechos fundamentales.

A partir de esta información, dos aspectos llamaron nuestra atención: la discriminación y la información accesible. Si bien se plantea que todas las personas deberían poder ejercer sus derechos, lo cierto es que muchas de ellas no cuentan con el acceso efectivo al conocimiento sobre qué son esos derechos y cómo ejercerlos. Como lo señalan *Taracena* (2014) y *Bachiller* (2009); esto genera múltiples obstáculos para la población sin hogar, como lo es la obtención de sus documentos, el estudio, una vivienda digna etc. Desembocando en factores estructurales que perpetúan la vida en calle de los sujetos.

En este sentido *Taracena* y *Albarrán* (2010) hacen mención de que se ha diseñado un modelo educativo dirigido a niños y jóvenes de la calle, el cual se basa tanto en metas pedagógicas como en el enfoque de derechos. Así mismo, *Bachiller* (2009) menciona, que los grupos marginados necesitan del espacio público para tornarse visibles, para así poder reclamar por sus derechos y ser finalmente reconocidos como parte de la ciudadanía. Otro autor que resulta fundamental en este aspecto es *Freire* (1997) ya que él piensa la calle no sólo como un espacio físico sino como una metáfora de la vida cotidiana, la realidad social y la experiencia de los individuos, especialmente aquellos marginados o excluidos. Para *Freire* la calle es el lugar donde se manifiestan de forma más despiadada las opresiones estructurales, pero también un espacio donde se abren múltiples posibilidades hacia una conciencia crítica capaz de cuestionar la realidad y el statu quo, a través de la educación liberadora.

Esta cuestión de la educación es fundamental en el campo que se interviene en la investigación por lo que decidimos indagar la perspectiva y postura de la institución con la cual está aborda el campo. encontramos una investigación de Garza (2010), en este se mencionan los procesos y herramientas que ha implementado la fundación Pro-niños para ayudar a los NNAJ en situación de calle, los cuales son: Trabajo de la calle, centro de día y opción de vida.

El hecho de realizar nuestra investigación en esta área nos ofrece la posibilidad de ampliar más nuestra mirada, ya que colaboramos con una fundación cuyo objetivo es crear una vinculación con la población de la calle, a fin de promover nuevos aprendizajes y conocimientos. Estos procesos buscan que los y las participantes conozcan sus derechos, los ejerzan y los integren en su vida cotidiana.

En última instancia, se aspira a que estos sujetos logren una reintegración social desde un lugar más consciente y fortalecido. Consideramos que esta experiencia de campo será fundamental para profundizar en nuestro tema de investigación, comprender mejor a la población con la que trabajaremos y contrastar la información teórica con la realidad actual. De este modo, podremos identificar si las condiciones descritas en investigaciones anteriores se mantienen, han cambiado o presentan nuevos matices.

No obstante, seguimos con la revisión de más textos para ampliar nuestra información y visión del tema. En esta búsqueda encontramos algunas instituciones que han abordado el tema como son:

La Secretaría de Bienestar e Igualdad Social (SEBIEN) es una institución gubernamental la cual se encarga de diseñar, implementar y coordinar políticas y programas sociales para el desarrollo social, la igualdad y el bienestar de la población capitalina. Tiene un enfoque en áreas como desarrollo social, alimentación, promoción de la equidad, recreación, información social y servicios sociales comunitarios. Esta institución realizó un trabajo con *“Programas sociales que sirven como instrumentos del gobierno capitalino que tienen por objetivo contribuir a la mejora de las condiciones de vida de la población. Esto lo llevan a cabo mediante el otorgamiento de diversos tipos de apoyos para el desarrollo de proyectos de infraestructura, productivos, sociales u otros que representen un beneficio para la*

ciudadanía” (Secretaría de bienestar social; Programas sociales. CDMX. 2025, como se cita en Taracena, 2014). P. (20)

El DIF (Desarrollo Integral de la Familia). La cual es una institución mexicana encargada de la asistencia social en México, tanto a nivel nacional como estatal y municipal, es un organismo público que brinda asistencia social a la población en situación vulnerable, el cual cuenta con programas como casas hogares, atención al maltrato infantil, apoyo de procedimientos de adopción, asistencia alimentaria entre muchas más.

Al recabar esta información reflexionamos sobre las diferencias entre las instituciones que hemos analizado y aquella con la que trabajaremos en el área de campo. Si bien las tres comparten el objetivo general de procurar el bienestar y cuidado de distintos grupos poblacionales, notamos que las dos primeras instituciones están fundamentadas en modelos de cuidados alternativos, caracterizados por enfoques más prácticos y operativos que buscan facilitar la atención a los sujetos. Esto implica que cada institución cuenta con métodos y procedimientos específicos para alcanzar sus objetivos, según el tipo de población con la que trabajan y los enfoques desde los cuales operan.

En este análisis comparativo, nos pareció relevante mencionar al DIF y a SEBIEN, ya que ambas instituciones operan desde una lógica de tipo asistencialista. En contraste, la Fundación Pro niños se orienta hacia un enfoque de asistencia, lo cual representa una diferencia en cuanto a la forma de intervenir y acompañar a la población. Todo esto se vuelve relevante porque al trabajar con instituciones es fundamental conocer sus modos de operación, los enfoques que las guían, sus objetivos, así como los espacios y recursos con los que cuentan.

Con base en esto, consideramos necesario profundizar en la diferencia entre el asistencialismo y la asistencia, ya que esta distinción atraviesa directamente nuestro trabajo de campo. Para ello, nos propusimos investigar y comprender con mayor claridad estas dos perspectivas. En ese proceso, consideramos pertinente recurrir a la obra de Freire (1970), donde desarrolla el concepto de falsa generosidad, la cual consiste en una actividad implementada por las clases dominantes configurada bajo una relación de subordinación entre un benefactor poseedor de recursos y un

beneficiario que carece de ellos. Esta práctica ofrece “ayuda” a los oprimidos con el objetivo aparente de generar cambios en la situación de los sujetos y comunidades, pero en realidad; mantiene, reproduce y perpetúa la desigualdad y la injusticia estructural que ellos mismos crearon, encubriendo la opresión bajo gestos aparentemente bondadosos.

Es importante separar el término asistencia del asistencialismo. La asistencia es una forma de gestión social que se da como primera instancia de una intervención en la cual es necesario satisfacer las necesidades básicas desde una perspectiva crítica, este proceso de intervención situado da paso a el reconocimiento de las identidades callejeras como sujetos activos con responsabilidades sociales (Vasquez, 2015). Esto se puede observar en nuestra investigación desde los espacios de intervención donde dependiendo del contexto histórico se relacionan los sujetos con las diferentes instituciones y los espacios de calle.

¿Qué es la calle?

Para la realización de este trabajo, tomamos en cuenta diferentes perspectivas para lograr definir “la calle” siendo las de mayor aporte para esta investigación las formuladas por Lucchini y Freire, ya que este concepto adquiere un significado particular cuando se analiza en el contexto de los niños, niñas y adolescentes de la calle.

Lucchini (1996), en su estudio, destaca que la calle no es simplemente un espacio de paso, sino un lugar donde se desarrolla la vida de estos sujetos, con sus propias dinámicas, relaciones y experiencias en donde los NNAJ desarrollan estrategias de supervivencia y adaptabilidad a pesar de los riesgos y condiciones adversas. Este entorno es un espacio complejo y ambiguo, que puede ser tanto atractivo por la sensación de libertad que da el espacio de la calle como repulsivo por las dinámicas de violencia que se viven día a día, especialmente para niños, niñas y jóvenes.

En este se experimentan diversas situaciones como el uso de drogas, marginación y exclusión; sin embargo, también se construyen identidades y relaciones conforme los sujetos se van apropiando y desenvolviendo en estos

espacios. Para algunos, la calle puede ser vista como un refugio que la aleja de situaciones familiares de maltrato o abuso; mientras que, para otros, puede ser un espacio peligroso donde la criminalización y la exposición constante a situaciones de riesgo vulneran los derechos fundamentales de las/los adolescentes y de las personas que habitan las calles y periferias.

Con esta mirada retomamos los aportes de Delgado (2007) quien plantea la calle como un espacio dinámico en el cual se despliegan configuraciones sociales inestables; el intercambio social no se organiza de forma estructurada o permanente debido a la movilidad constante. Este tipo de territorio como se propone, se distingue por el rechazo a ser controlado, de esta forma, la calle se representa como lo incierto, aquellos espacios donde emergen diversas formas de vida, sobre todo hablando en contextos de exclusión social, emerge entonces como un espacio político donde se desarrollan diversas estrategias para la sobrevivencia de quienes lo habitan.

Desde la perspectiva de Wacquant (2001) la calle es un espacio urbano estigmatizado, definido como *“territorios de relegación”*, estos espacios han sido producidos históricamente por políticas económicas, raciales y sociales que expulsan a determinados grupos a las periferias de la ciudad. En este sentido, los espacios de calle se desarrollan como el síntoma de una estructura social que criminaliza a aquellos que viven en ella y que además reproducen el mismo sistema que orilla a poblaciones enteras a zonas precarias.

Por otro lado, para Freire (1997), la calle no es solo un espacio físico, sino un concepto que engloba la realidad social, la experiencia de las personas y el potencial para la transformación a través de una educación liberadora, la calle no se refiere simplemente a un espacio físico, sino a una metáfora de la vida cotidiana, la realidad social y la experiencia de los individuos, especialmente aquellos marginados o excluidos.

Es el lugar donde se manifiestan de forma más despiadada las opresiones estructurales, pero también un espacio donde se abren múltiples posibilidades hacia una conciencia crítica capaz de cuestionar la realidad y el status quo. En este sentido, Bauleo (1993) trata el concepto de calle desde una mirada de la psicología social, al ver la calle como un espacio capaz de generar una construcción subjetiva, debido a

que las personas se encuentran inmersas en contextos donde las adversidades se encuentran siempre presentes.

Teniendo en cuenta lo antes mencionado por Freire y Bauleo, quienes cuentan con un enfoque complementario al propuesto por Grassi (1994), quien destaca la importancia de la producción de subjetividad en contextos de exclusión, argumentando que los jóvenes de la calle desarrollan una mirada particular del mundo, debido a factores como el dolor, la violencia, pero también la solidaridad y el deseo de reconocimiento. En general para la investigación realizada este espacio se trata de un espacio social y político que refleja las dinámicas de exclusión, desigualdad y constante resistencia de las personas que lo habitan.

Historia de la calle y de Pro-niños.

Durante la década de 1950, México vivió un crecimiento económico sostenido basado en la industrialización y la urbanización. Este desarrollo propició una migración acelerada de poblaciones rurales hacia las zonas urbanas, consolidándose como un fenómeno masivo en la Ciudad de México. En las décadas siguientes (1960-1990), esta migración continuó en aumento, generando una sobrepoblación en las grandes ciudades. Como resultado, el paisaje urbano se transformó radicalmente, enfrentando una presión demográfica y social sin el respaldo de la infraestructura necesaria para recibir a los nuevos habitantes.

Los primeros proyectos implementados en la época de 1960 y 1970 eran de corte represor, ya que se basaban en centros de detención para las infancias de la calle, estos tenían el propósito de reintegrar al niño a la sociedad y a su familia desde procesos emocionalmente desgastantes y violentos. Tiempo después, las estrategias evolucionaron a orfanatos con programas asistenciales que cumplían con satisfacer las necesidades básicas de los niños que recogían de la calle, sin evaluar realmente el problema estructural y solo enfocados en resultados inmediatos. Es en la década de los 80's que llegaron nuevos modelos de educación popular gracias a la influencia de países como Colombia y Brasil, estas pedagogías se basaban en filosofías de izquierda lo cual incluía una intervención directa y el impulso a los niños de la agencia y toma de decisiones para la mejora de su calidad de vida.

En los años 80 y 90, el avance del sistema neoliberal implicó el desmantelamiento de muchas políticas sociales dirigidas a los sectores más vulnerables, lo que incrementó la pobreza urbana. Pese a ello, la migración hacia las ciudades se intensificó, impulsada por la esperanza de mejores condiciones laborales y sociales. En este contexto, con la llegada de nuevas familias a la ciudad, muchas de ellas comenzaron a fragmentarse. Los adultos, al asumir el rol de proveedores, se veían obligados a trabajar, mientras que niños, niñas y adolescentes comenzaban a pasar tiempo en las calles. Así, se configuraron diferentes tipos de familias: aquellas que, sin encontrar un lugar donde vivir desde su llegada, terminaron estableciéndose en la calle, y otras que, aun viviendo en condiciones precarias, generaban contextos que expulsaban a los NNA a la vida callejera.

A partir de la década de 1980 UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la infancia) promovió términos, como “niños abandonados”, “menores en situación extraordinaria”, “menores en circunstancias especialmente difíciles” y “niños en situación de calle”, entre otros (Pérez, 2003). Todos estos términos propuestos son una forma de tratar de nombrar las diversas realidades que se estaban viviendo en esos años. Sin embargo, a lo largo del tiempo la población callejera en la Ciudad de México ha evolucionado, incluyendo no solo a niños y jóvenes, sino también a adultos mayores, familias completas, migrantes y personas desplazadas por la violencia u otros factores.

Los acontecimientos mencionados anteriormente son una breve parte de lo que estaba pasando de forma sistemática en todo el país, sin embargo, por los mismos años, también estaban ocurriendo intereses particulares por esta problemática, una de estas sería un paso importante y el comienzo de la fundación con la que tuvimos acercamientos para realizar nuestra investigación, esta información fue recabada directamente de su página de internet.

En julio de 1991, un grupo de jóvenes encabezados por Javier Garibay comenzó a trabajar informalmente con niños en situación de calle en el centro de la Ciudad de México. En el proceso de formalización de esta labor, se integró la psicóloga Laura Alvarado, aportando su experiencia en programas dirigidos a esta población. El 28 de mayo de 1993 se constituyó oficialmente la Fundación Pro Niños de la Calle I.A.P. (FNP), con el objetivo de brindar atención personalizada a niños,

niñas y adolescentes en situación de calle, acompañándolos en un proceso gradual que les permitiera elegir otra forma de vida.

Entre 1994 y 1996, la fundación se concentró en sistematizar su trabajo y formalizar sus programas de atención, estableciendo tres etapas en su propuesta educativa: Trabajo de Calle, Centro de Día y Opción de Vida. En 1996, se integró al Programa de Apoyo Integral a la Infancia Callejera de Quiera, Fundación de la Asociación de Banqueros de México, lo que permitió la remodelación del Centro de Día, reinaugurado en 1997.

En septiembre de 2000, la fundación publicó *De la Calle a la Esperanza*, consolidando y difundiendo su modelo educativo. En 2007 inició una investigación, en colaboración con la Red Quórum, sobre el proceso de callejerización de NNA en la Ciudad de México. Esta investigación concluyó en 2008 y dio lugar a una actualización de su modelo educativo, publicada en enero de 2010.

A la par de un creciente auge de conciencia acerca de los NNAJ de la calle, es en el 2007, que múltiples organizaciones en la Ciudad de México como FPN, comienzan a usar el concepto de “poblaciones callejeras”, este término de forma general habla de aquellas personas que trabajan o viven en la calle (Una señora de 40 años que vende flores mientras sus hijos asisten a la escuela y cuyo esposo trabaja como albañil asalariado es un caso muy diferente a un niño de nueve años que puede o no presentar algunas dificultades como: carencias de vínculos familiares, llega a dormir en la calle, problemas de adicciones y abuso). Desde una perspectiva, simplifica a ciertas organizaciones el problema de la terminología y, por otro lado, esto desdibuja los diversos contextos que se viven en la calle.

En marzo de 2009, se inauguró la Casa de Transición a la Vida Independiente, una residencia temporal para adolescentes y jóvenes de entre 16 y 21 años que no podían regresar con sus familias ni ingresar a programas residenciales, brindándoles herramientas para su transición hacia una vida autónoma.

A partir de 2012, la fundación implementó el Programa de Atención a Familias, enfocado en la prevención y atención integral de hogares en riesgo de callejerización, abordando problemáticas como la violencia, el consumo de sustancias, la pobreza y la deserción escolar.

En 2019, ante el aumento de personas en situación de calle, la fundación diversificó sus estrategias para responder de forma más eficaz a las necesidades de NNA y sus familias. Durante la pandemia de COVID-19 en 2020, adaptó sus actividades para garantizar la seguridad física y emocional de sus beneficiarios, ofreciendo apoyos extraordinarios en alimentación, educación y seguridad.

En 2021, reestructuró sus programas para responder mejor a las nuevas necesidades, promoviendo la reinserción escolar y la capacitación laboral de jóvenes. En 2022, retomó las actividades presenciales en entornos seguros, tanto para el personal como para los beneficiarios. Finalmente, en 2023, la Fundación Pro Niños de la Calle I.A.P. celebró tres décadas de experiencia en la atención de niños, niñas, jóvenes y familias en situación de calle.

Capítulo 3. Enfoque metodológico y herramientas metodológicas.

La investigación se planteó con corte cualitativo, el cual establece un puente analítico entre la formación de las ciencias sociales y las humanidades al posibilitar el acercamiento a temáticas acerca de la cultura, la alteridad, la formación de sujetos, la acción colectiva y las relaciones Estado-sociedad (Torres, et al., 2016, p. 15) Y se realizó desde un enfoque etnográfico el cual nos permitirá la reflexión del campo a través de los sentidos y la particular comprensión de los fenómenos identitarios junto con la identificación de los procesos de socialización en las dinámicas de calle, es decir, planteamos cómo se configura la subjetivación de las/los adolescentes desde los espacios donde se relacionan. Además, usaremos herramientas complementarias como la observación participante, la bola de nieve, la entrevista no estructurada y el diario de campo, los cuales nos permitirán registrar y analizar las dinámicas y experiencias de las/los adolescentes.

En este trabajo utilizamos el enfoque etnográfico, el cual, según Rosana Guber, es un enfoque metodológico que busca comprender las prácticas, significados y experiencias de los sujetos desde su perspectiva. Guber (2001) explica que la etnografía es una técnica de investigación basada en la observación participante y el trabajo de campo, además de un proceso reflexivo que implica la construcción del conocimiento a partir del encuentro entre el investigador y los sujetos de estudio.

Emplearemos la etnografía debido a que los tres aspectos fundamentales que Guber menciona, los cuales nos permitirán acercarnos y conocer a las/los adolescentes de la calle, sus relaciones y dinámicas en su día a día, los cuales son: Trabajo de campo: (proceso de acercamiento y vinculación), construcción del objeto de estudio y reflexividad.

Guber destaca la importancia de que nosotros como investigadores analicemos nuestro propio papel en la investigación, ya que, nuestra presencia influye en el campo y en la producción de conocimiento de las/los adolescentes. Para complementar el enfoque antes mencionado, utilizaremos distintas herramientas que nos puedan ayudar a cumplir con nuestros objetivos de esta investigación, como lo son la observación participante, bola de nieve, entrevista no estructurada y el diario de campo

- Observación participante.

Observar no significa únicamente ver, sino realizar un análisis profundo de aquello que se percibe. La observación implica una actitud reflexiva, que va desde identificar por qué una situación o sujeto resulta significativo hasta comprender cómo lo observado transforma nuestra mirada y cómo influye en el tejido social. Según Sanmartín (2003), “son los criterios, las nociones, los conocimientos, las teorías e hipótesis” (p. 54) los que guían la observación, lo cual nos recuerda que el investigador no es neutral: posee su propia cultura, creencias e ideas. Por ello, es necesario ampliar la perspectiva y abrir el campo del conocimiento mediante la experiencia directa.

Al trabajar con adolescentes de la calle la flexibilidad es indispensable, ya que cada comunidad, grupo o sujeto tiene una lógica y una dinámica que requiere un enfoque singular y contextualizado, para esto el investigador debe estar presente para hacer su observación, tiene que vivir el momento y se debe de introducir hasta donde se le permita en el contexto de lo que va a investigar, esto le aportará herramientas que harán más eficaz su trabajo y al mismo tiempo ampliará su conocimiento.

En el trabajo de campo, la aceptación y la integración del investigador en la comunidad son fundamentales para que los adolescentes se sientan cómodos; Respetar sus códigos culturales, sus dinámicas grupales y sus estrategias de supervivencia permitirá generar confianza. Este enfoque facilita la recopilación de

datos, pero también ayuda a identificar y analizar las estrategias que los adolescentes de la calle emplean para ejercer su autonomía y adaptarse a entornos alternativos permitiendo modificar o intervenir directamente en su vida diaria.

En este sentido, la observación participante no es solo una técnica de recolección de datos, sino también una herramienta de intervención. Según Vasilachis (2006), al registrar incluso los aspectos más sutiles o aparentemente insignificantes de la experiencia, se enriquece el análisis y se favorece la construcción de conocimiento situado. Desde esta perspectiva, el investigador no es un mero espectador, sino un participante activo que puede contribuir a procesos de transformación social.

- Bola de nieve

Esta herramienta nos permitirá conocer un mayor número de adolescentes con los cuales se llevará a cabo el trabajo, según Biernacki y Waldorf (1981) esta técnica de la investigación social facilita el acceso a poblaciones ocultas o difíciles de alcanzar, a través o mediante la referencia entre los sujetos con los cuales ya tenemos una relación. En nuestro caso al trabajar con adolescentes de la calle, quienes normalmente permanecen ocultos debido al miedo a las instituciones, los adolescentes previamente vinculados nos facilitan futuras vinculaciones debido a la naturaleza de sus relaciones sociales.

- Entrevista no estructurada durante el juego

Según Andrea Saenz (2015) la entrevista es una técnica en la que se recolecta información que además de ser una de las estrategias utilizadas en procesos de investigación, tiene un valor en sí misma. Tanto si se elabora dentro de una investigación, como si se diseña al margen de un estudio sistematizado, esta cuenta con unas mismas características y sigue los pasos propios de esta estrategia de recogida de información. Por tanto, todo lo que se expone servirá para desarrollar la técnica dentro de una investigación, como para utilizarla de manera puntual y aislada.

La entrevista no estructurada es aquella que se realiza sin un guion previo, esta sigue un modelo de conversación entre iguales. En esta modalidad, el rol del entrevistador pretende no sólo obtener respuestas sino también saber qué preguntas deben o no hacerse. En esta entrevista no hay un guion determinado, sino que hay una serie de posibles temas que pueden abordarse con el sujeto entrevistado. De

esta forma, dependiendo hacia qué tema se quiera enfocar la entrevista, el o la entrevistadora deberá hacer uso de las preguntas pertinentes. Por lo tanto, la entrevista se va construyendo a la par de las respuestas del sujeto entrevistado.

- **Diario de campo**

Es una herramienta metodológica etnográfica la cual permite capturar los “imponderables de la vida real”; esto es, aquellos aspectos de la cotidianidad que sólo podemos percibir a través de la observación directa y la participación en el día a día de los sujetos (Malinowski, 1986, pp. 36-38). Esta misma se compone de aspectos importantes, como lo son anotaciones extensas y detalladas, que regularmente escribe el investigador durante sus prácticas en el área de campo. En este mismo podemos reformular preguntas, replantear hipótesis, redefinir objetivos investigativos, así como establecer técnicas o estrategias metodológicas.

Al trabajar con adolescentes de la calle, nos resulta indispensable el uso del diario de campo como herramienta, esto debido a que en cada grupo o sujeto se practican diferentes dinámicas, las cuales requieren un enfoque singular mismas en las que el investigador debe llevar un registro en el que se incluyan las actividades que se realizan, fechas y anotaciones de los sujetos con los que se trabaja, así como de las experiencias.

Es fundamental priorizar la calidad sobre la cantidad en las anotaciones. Las notas deben ser claras, precisas y centradas en aspectos relevantes que emerjan de las interacciones cotidianas. Según Guber (2001), el diario de campo no es solo un espacio de acumulación de datos, sino también un lugar de reflexión, donde el investigador puede identificar patrones, contradicciones y sentidos ocultos en los discursos y prácticas de los sujetos.

No obstante, el uso del diario también implica desafíos. El investigador debe desarrollar la habilidad para seleccionar qué observar, cómo organizar sus percepciones y cómo relatar de forma coherente lo vivido. Además, es necesario mantener una actitud reflexiva y una cierta distancia crítica que permita distinguir entre observaciones, interpretaciones personales y discursos ajenos (Vasilachis, 2006). La escritura en el diario exige reconstruir la experiencia de manera sistemática y analítica, lo cual implica tomar conciencia del propio posicionamiento y de los elementos que median la percepción del campo.

Es importante tener en cuenta que para utilizar esta herramienta correctamente se debe diferenciar de forma clara y explícita el contenido que se está anotando, así

como la fuente originaria de dichas anotaciones, por ejemplo, las propias percepciones del investigador, los discursos de los sujetos de estudio, documentos escritos, etc.

Campo de estudio

En esta investigación se pretende identificar aquellos aprendizajes que fomentan a los adolescentes a subjetivarse como sujetos sociales ejerciendo sus derechos y autonomía dentro de los espacios y grupos que habitan, por lo que, nuestro acercamiento a Pro niños nos permitirá conocer las estrategias que la fundación propone y realiza orientadas hacia un enfoque de derechos humanos, el cual no atienden las necesidades inmediatas de los adolescentes de la calle, por el contrario busca fomentar en ellos el conocimiento y herramientas para ejercer, así como exigir de manera gradual sus derechos como sujetos.

La investigación fue realizada en la fundación Pro-Niños de la Calle, donde como parte de nuestro servicio social trabajamos en tres de los programas de cuidados alternativos con los que cuenta: de la calle a la esperanza, centro de día y el programa de atención a familias.

Vemos cómo de esta forma las diferentes perspectivas entre los enfoques de derechos y asistencialista, así como las dinámicas y diferencias estructurales en los espacios donde se relacionan, pueden impregnar una narrativa que posibilita nuevas subjetivaciones para los adolescentes de la calle.

Al fomentar la participación del adolescente en la toma de decisiones sobre su vida se logra un ejercicio de derechos que promueven la práctica de su autonomía y su agencia social, así como la vida independiente en tanto que se logre o no una reducción de su estancia de la calle integrándose como agentes activos en la sociedad. Esto hace que a partir de este reconocimiento se puedan dar nuevos espacios en donde se coloque una narrativa de los adolescentes como sujetos sociales.

Capítulo 4. Construcción e implementación del dispositivo

La construcción del dispositivo metodológico tuvo como propósito central identificar la multiplicidad de las estrategias educativas que reconocen al adolescente de la calle como un sujeto social activo, con capacidad de agencia y posibilidad de ejercer su autonomía. En este sentido, se buscó no solo visibilizar sus prácticas cotidianas, sino también comprender los modos en que estos jóvenes se posicionan frente a su entorno, construyen vínculos, significan sus experiencias y desarrollan formas propias de resistencia.

A través de la convivencia, la observación participante y la vinculación directa con ellos en sus contextos, se buscó interpretar y analizar de manera profunda sus vivencias, relatos y formas de expresión. Este enfoque posibilitó, además de indagar cómo construyen sus identidades y subjetividades en relación con la calle, con las instituciones que los interpelan y con los discursos que circulan sobre ellos. Este dispositivo metodológico se estructuró en cuatro etapas, cada una con objetivos y estrategias específicas orientadas a facilitar el trabajo de campo, el diálogo con los adolescentes y la producción de saberes.

Conociendo la calle

La primera etapa consistió en realizar recorridos junto con los educadores de calle de la institución para familiarizarnos con la zona y los espacios que estaríamos frecuentando en los diferentes trayectos desde las instalaciones de la fundación a los diferentes lugares donde trabajamos. Algunos de estos recorridos se volvieron rondines sistemáticos en diversos puntos de reunión y pernocta ubicados en las calles del centro histórico de la Ciudad de México. Esta fase inicial tuvo como objetivo principal el reconocimiento del espacio y la creación de un primer acercamiento con los adolescentes de la calle que habitan, transitan y apropian estos espacios en su día a día.

Durante los recorridos, fuimos observando cómo se organizan los adolescentes en el espacio público, qué relaciones establecen entre ellos y con otros actores sociales como comerciantes, policías, transeúntes o integrantes de organizaciones civiles. A través de la observación directa y la cercanía a sus entornos,

logramos identificar elementos significativos de su cotidianidad como sus rutinas, formas de comunicación, dinámicas, así como los lenguajes simbólicos que dan sentido a su pertenencia o exclusión de ciertos espacios urbanos.

Más allá de recolectar datos, se trató de posicionarnos desde una mirada crítica y sensible que reconociera las desigualdades estructurales sin caer en visiones asistencialistas o victimizantes. La vivencia directa de los contextos de la calle y la complejidad que implican, nos permitió también cuestionar nuestras propias representaciones previas y construir una comprensión situada de la población investigada.

Del juego a la confianza

La segunda etapa del dispositivo se centró en la realización de distintas actividades lúdicas y juegos con los y las adolescentes de los distintos lugares de la calle. Es importante resaltar que estas dinámicas se llevaron a cabo a lo largo de un mes con el objetivo principal de fortalecer el vínculo construido durante la etapa anterior, promoviendo mayor confianza, cercanía y apertura, a través de la constancia. Lejos de tratarse de simples ejercicios recreativos estas actividades funcionaron como dispositivos que facilitaron el encuentro horizontal con las personas desde una lógica de respeto, participación y no de imposición.

A través del juego y la interacción, se generaron espacios en los que fue posible entablar diálogos informales que nos permitieron obtener información básica y relevante sobre quienes participaron. Durante estas actividades, los y las adolescentes compartieron de manera voluntaria datos como su nombre o apodo, edad, nivel de escolaridad y algunos elementos generales sobre su historia de vida.



Ilustración 1: actividad en misterios

En esta etapa no sólo recabamos información acerca de los adolescentes, sino que también fue un espacio de respeto mutuo que contribuyó a fortalecer su sentido de pertenencia y confianza con cada uno de nosotros al ser reconocidos y escuchados. En este sentido, las actividades lúdicas y de integración funcionaron para promover el acercamiento desde una perspectiva respetuosa y transformadora, además, las dinámicas propuestas abrieron un espacio simbólico que rompió con las jerarquías y roles tradicionales entre investigadores y participantes.

Entre calles y encuentros

Tercera etapa, tomando como base los aprendizajes y hallazgos obtenidos en las etapas anteriores del dispositivo, se llevó a cabo una reflexión profunda acerca de los contextos en los que deseábamos intervenir y de los múltiples desafíos que estos presentan, entre ellos la violencia estructural, la criminalización, el consumo de sustancias y la exclusión social. Estas problemáticas nos llevaron a reafirmar la

importancia de sostener una estrategia metodológica basada en el vínculo horizontal y el juego como forma de encuentro, comunicación y producción de sentido.

En lugar de introducir herramientas externas o intervenciones rígidas, decidimos continuar con el enfoque que habíamos construido desde el inicio del trabajo de campo: un acercamiento respetuoso, lúdico y adaptado a las realidades del entorno. Fue así como surgió la propuesta de diseñar un juego de mesa específicamente pensado para este contexto y esta población.

Esta propuesta inicial se presentó a la Fundación, se platicó sobre un primer boceto de las dinámicas del juego y lo que se esperaba de este. El diseño del dispositivo tuvo en cuenta tanto las dinámicas del campo como las necesidades, intereses y forma de expresión de las y los adolescentes participantes. Una vez que la institución aprobó nuestra propuesta de intervención nos dimos a la tarea de diseñar por completo el juego de mesa.

Este se conformó por un tablero que contenía casillas de acciones, las cuales fueron divididas en tres colores, estas junto con otras casillas con dibujos de lugares cotidianos y significativos para las/los adolescentes, que ellos mismos diseñaron, durante sesiones de dibujo donde la consigna fue dibujar lugares de su cotidianidad (calle, canchas, parque, instituciones, entre otras) buscando generar una apropiación del juego a través de su participación en la elaboración y diseño de las casillas del tablero; esta parte de la construcción del juego supuso un desafío para lograr la participación de las/los adolescentes en esta dinámica para después recolectarlos, digitalizarlos e imprimirlos. Otro elemento del juego que forma parte de la apropiación fue el diseño de la caja, la cual en su mayoría es blanca, esto para que los participantes al finalizar la partida puedan plasmar algo que los represente: su nombre, apodo, TAG, dibujos, entre otras cosas.

Desde el inicio sabíamos que queríamos que los dibujos del juego reflejaran el entorno urbano de quienes lo jugarían, por eso tomamos la decisión de trabajar con latas de aerosol como los personajes principales, debido a que el grafiti es representativo de los espacios donde interactúan cotidianamente, también funge como símbolos de expresión y de apropiación, es por esto que quisimos que esas

latas estuvieran no sólo como decoración sino como personajes con los que las y los adolescentes se pudieran identificar.

La casilla de suerte la imaginamos como algo impredecible, por ello se ilustró con un trébol de cuatro hojas como una expresión neutra o seria. En la casilla de salida usamos letras rojas dibujadas a mano que simulan el estilo esténcil rápido, la estética de la palabra remite a lo que observamos en la calle. Para la casilla de toma un descanso queríamos transmitir una pausa necesaria, no impuesta sino merecida, por esta razón, pensamos en un reloj despertador, pero con una expresión de tranquilidad.

Por otro lado, en la casilla de congelado queríamos que la idea de “quedarte congelado” no se sintiera como un castigo, sino como una pausa inesperada es por esto que se ilustró con forma de hielo y detalles de gotas cayendo, reforzando la sensación de inmovilidad a medida que pasa el tiempo. Para las tarjetas de preguntas aparece una gota amarilla (parecida a una gota de pintura) con el símbolo “?” al centro. También hay una versión en azul y otra en café, decidimos hacerlas en este estilo para dar un toque de misterio, como si fueran puertas a lo incierto, ya que la gota tiene relación con la pintura, lo líquido, lo que fluye, lo cambiante.

Además, contiene fichas y tarjetas, algunas informativas y otras con preguntas estructuradas basadas en las realidades de los entornos que queríamos explorar, estas nos permitieron obtener información sobre distintos aspectos de la vida cotidiana de los adolescentes. Las preguntas estaban orientadas a explorar los lugares en los que habitan e interactúan, cómo se significan dentro de esos espacios, y de qué manera se apropian (simbólica, efectiva o materialmente) de los territorios urbanos en los que transitan a diario.

Una vez finalizado el diseño y recolectados los componentes necesarios, le presentamos el prototipo del juego de mesa a la fundación buscando la aprobación, para así llevar a cabo su implementación a lo largo del mes y medio siguiente. El periodo durante el cual la fundación revisó el juego, sus dinámicas y componentes fue de 2 semanas, lo que nos preocupó al no recibir ninguna novedad en este lapso de tiempo. La sorpresa fue que, al recibir la respuesta, no sólo fue positiva, también ya

se había llevado a cabo una calendarización de nuestro juego en los espacios de calle que frecuenta la institución, así como en las instalaciones de la fundación.

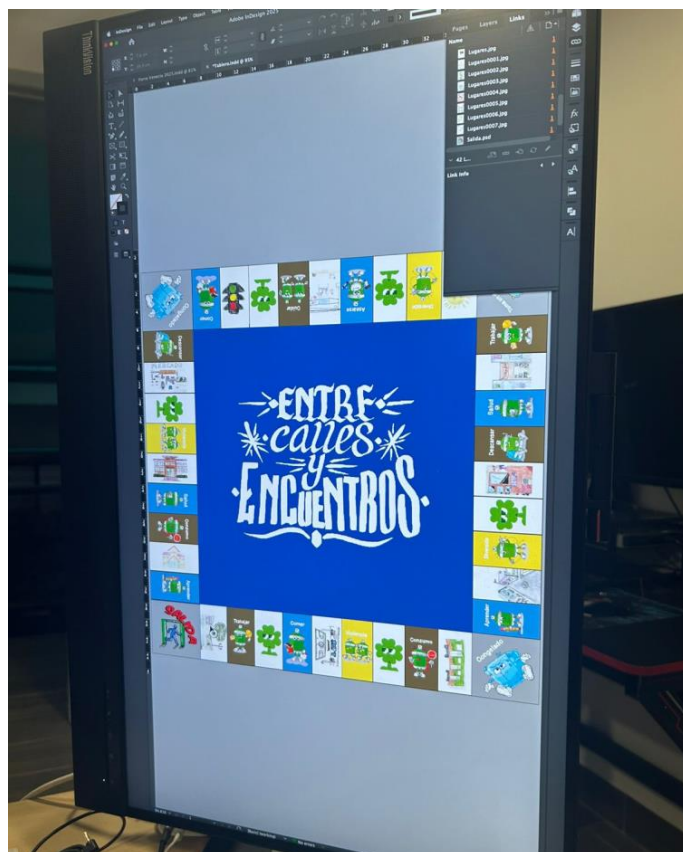


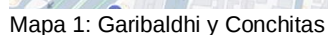
Ilustración 2: Diseño del juego

La finalidad principal de esta etapa fue conocer más a fondo los aprendizajes y experiencias que las/los adolescentes construyen en su vida cotidiana. Nos interesó comprender cómo adjudican sentido a esos aprendizajes, qué vínculos afectivos establecen con los lugares, en qué espacios ejercen sus derechos, y con quienes comparten su tiempo y experiencias. En este sentido, el juego no solo funcionó como una herramienta para la recolección de datos, sino también como un lugar que promueve la reflexión.

Desde una perspectiva etnográfica, esta etapa nos permitió identificar los sujetos e instituciones con quienes las/los adolescentes se relacionan, aprenden y

Un ejemplo sucedió durante una de las sesiones del juego, en la casa de una familia con la que ya habíamos establecido un vínculo previamente. Al llegar, notamos que A. (13 años) a quien ya conocíamos, estaba de mal humor debido a que le habían robado su activo, mientras tanto, los adultos que viven ahí intentaban solucionar el problema de las inundaciones, subiendo sus pertenencias para evitar que se mojaran. Al mismo tiempo, A. consumía drogas y se cubría con una sombrilla para que no lo viéramos. Todo esto sucedía al mismo tiempo que llevábamos a cabo la sesión de juego con H. (20 años) y F. (14 años), lo cual permitió observar la complejidad de la vida diaria de las personas en estos espacios revelando diversas tensiones y realidades compartidas.

Durante la implementación del dispositivo se visitaron diferentes espacios como la Casa de Transición a la Vida Independiente de la fundación (CTVI), zonas céntricas de la Ciudad de México como Conchitas y Misterios, comedores, predios y



un centro de día. Lugares donde ya conocíamos a algunos de las/los adolescentes que se encuentran presentes en estas zonas, lo que supuso una facilidad a la hora de acercarnos e implementar la idea del juego, siendo honestos nos encontrábamos nerviosos pues no sabíamos cuál sería la respuesta de quienes se encontraban en los espacios que visitamos.

Para nuestra sorpresa durante las intervenciones observamos la capacidad con la que cuenta el juego para generar interés, incluso en condiciones adversas o con personas inicialmente indiferentes a participar. Aparentemente esta cualidad se da en primera instancia por el diseño de sus componentes (caja blanca, el nombre del juego, elementos de grafiti, representación de los lugares que frecuentan, entre otros). Los cuales fomentan un primer acercamiento a través de lo visual generando curiosidad e interés, otro elemento que destaca es cómo el juego permite la participación y la apropiación, desde la posibilidad de diseñar sus fichas y dejar su marca en la caja hasta reconocer dibujos en el tablero que fueron realizados por ellos o por conocidos.

Una vez finalizada la implementación del dispositivo en la institución, se expresó una valoración positiva sobre su desempeño. Se destacó especialmente su flexibilidad y la posibilidad de improvisación, características fundamentales, particularmente en intervenciones dirigidas a poblaciones de la calle. Estas cualidades fueron consideradas no sólo necesarias, sino estratégicas, dado que permiten adaptar el dispositivo a las condiciones cambiantes del contexto y responder de manera más sensible a las realidades de quienes participan. Por ello la institución FPN manifestó satisfacción con los resultados obtenidos y con el enfoque metodológico empleado, reconociendo el valor del juego como herramienta de encuentro.

¿Cómo veo la calle?

Finalmente, la cuarta etapa del dispositivo contemplaba que al finalizar el juego de mesa se realizaría una sesión de dibujo titulada ¿Cómo veo la calle? cuya consigna ¿Qué es para ti la calle? Esta actividad fue diseñada con la intención de que los y las adolescentes pudieran representar, a través del dibujo y de la narración su percepción sobre la calle como espacio vivido. El objetivo era explorar simbólicamente como

significaban ese entorno, si se sentían parte de un grupo, si percibían ese espacio como refugio, amenaza, tránsito o cualquier representación subjetiva que surgiera desde su experiencia.

Sin embargo, al momento de llevar a cabo esta dinámica, nos enfrentamos con una situación inesperada: los y las adolescentes mostraron desinterés por participar en esta actividad tal como había sido planeada. Frente a esta resistencia, optamos por no forzar la propuesta inicial y, en su lugar, decidimos flexibilizar el dispositivo metodológico, adaptándolo a las formas de expresión que resultan más cómodas y accesibles para los participantes. En lugar de recurrir a un medio físico como lo es el dibujo, dimos paso al diálogo espontáneo como la herramienta principal.

A partir de esto, abrimos un espacio de conversación más libre el cual les permitió a los adolescentes compartir sus experiencias en torno a la vida en la calle. Este cambio no sólo respondió a las necesidades del momento, sino que enriqueció el dispositivo, esto permitió comprender que la flexibilidad metodológica es esencial en investigaciones con poblaciones en estas condiciones, ya que es fundamental respetar sus tiempos y formas de expresión y tiempos. Lejos de ver esta modificación como un obstáculo, la entendimos como una oportunidad para enriquecer el proceso investigativo, fortaleciendo el vínculo con los participantes, no desde una lógica estructurada, sino desde una escucha atenta y abierta a lo imprevisto.

Capítulo 5. De la exclusión a la resistencia

¿Por qué la calle?

Al comenzar el análisis de los datos obtenidos a lo largo del trabajo de campo, identificamos diversos factores institucionales, estructurales y la presencia de ciertas dinámicas que se han normalizado en las/los adolescentes con el paso de los años, los cuales han contribuido a perpetuar la vida en calle y a tener a los sujetos bajo un sometimiento constante de exclusión y discriminación.

Asimismo, pudimos reconocer diferencias significativas en los saberes, formas de pensar, vínculos afectivos y modos de relacionarse de los sujetos, determinadas en gran medida por el contexto en el que se encuentran insertos, es decir, no es lo

mismo la experiencia de quienes están vinculados a una institución donde existen ciertas reglas, que las de quienes habitan de forma itineraria en hoteles, predios o calles. Estas diferencias marcan y condicionan el trayecto para la forma en la que los sujetos van a subjetivarse.

A lo largo del capítulo, abordaremos los factores, conocimientos, aprendizajes y saberes que consideramos clave para comprender estas trayectorias, con el propósito de aportar una mirada más compleja, situada y crítica sobre las realidades que viven los/las adolescentes. No se trata solamente de describir las condiciones de exclusión en las que están inmersos, sino de comprender cómo estos sujetos elaboran sentidos propios, construyen vínculos y desarrollan estrategias de subsistencia.

La familia en el horizonte simbólico

“En la calle se aprende a golpear antes de ser golpeado, a desconfiar, a sobrevivir. Pero también se crean lazos, códigos y una identidad”

(Lucchini, 1996, p. 128).

La familia, como una institución social ocupa un lugar central en la configuración subjetiva de cualquier sujeto. En el caso de las/los adolescentes de la calle, esta aparece (ya sea por su ausencia, inestabilidad o formas de convivencia) de manera constante en los discursos que construyen sobre sí mismos y su historia. Este apartado pretende comprender la relevancia de esta institución a través del análisis y la reflexión de las experiencias, observaciones y discursos obtenidos mediante una relación horizontal con las personas.

Con base en lo anterior, logramos observar que la familia no desaparece del horizonte simbólico, aun cuando ya no existe un vínculo activo con ella. Por el contrario, se transforma en una “figura” que organiza sentidos y que moldea las formas de relación con otros espacios de cuidado, como las instituciones o los grupos de pares. En este análisis nos interesa ir más allá de una mirada normativa sobre lo que “debería ser” una familia, para enfocarnos en cómo se presenta la calle frente a las/los adolescentes y cómo se significan ante estos conceptos. Además, nos

permitirá comprender no sólo las razones que originaron su condición, sino también las formas en que los vínculos familiares, ya sean biológicos o simbólicos siguen influyendo o no en su subjetividad, sus decisiones y en su posibilidad de pensar sobre el futuro.

A lo largo de nuestra intervención nos encontramos con diversas experiencias que como la de K., un adolescente de 15 años que habita en un predio ubicado en el centro de la Ciudad de México, quien deja entrever lo que para él significa o representa la calle, ya que, al estar participando durante la dinámica del juego de mesa *Entre Calles y Encuentros*, asoció la calle con diversión, mientras que describe su casa como un lugar donde se siente aburrido y es objeto de gritos, así como de violencia verbal, por otro lado, la calle en sus palabras aparece como un espacio donde puede hacer cosas que no se le permiten en su hogar, como consumir sustancias, por consiguiente también representa un lugar donde experimenta mayor diversión y libertad.

Lucchini (1996) señala que para muchos niños y adolescentes que terminan en la calle, la familia no ha sido un lugar de seguridad o contención, sino un espacio de violencia, negligencia, abuso o abandono. Este planteamiento permite entender que la elección o permanencia en la calle no se debe únicamente a factores singulares, sino que está vinculada a procesos estructurales e institucionales que se viven desde edades muy tempranas.

La experiencia de K. parece situarse en este horizonte: de una elección frente a la respuesta de un entorno violento el cual responde con imposiciones y gritos a las demandas que este exige, en este caso, el hogar parece haber perdido su función simbólica como espacio protector, y la calle, lejos de ser solo un lugar de riesgo, emerge como un espacio donde el adolescente percibe una mayor libertad.

Por otro lado, existen casos en los que la estancia en la calle más que fungir como un espacio de libertad o diversión, es el resultado de formas aún más complejas de violencia dentro del entorno familiar, es por esta razón que la calle aparece como un espacio seguro. El siguiente testimonio es de G., un adolescente institucionalizado de 17 años de edad, cuya historia da cuenta de cómo la violencia familiar, el abuso y

la pérdida, configuran formas particulares de relacionarse y de construir una identidad en contextos marcados por el desarraigo.

La calle, en este contexto no aparece como una elección, sino como una posible salida ante la vivencia de una situación de violencia insostenible, ya que en la experiencia de G, la figura paterna, en lugar de proveer un lugar de seguridad, cuidado y confianza ejercía un abuso físico y sexual de manera sistemática durante su infancia, asimismo se encontró con la imposibilidad de poder comunicárselo a su madre, esto configura una vivencia en la que las principales figuras parentales fallan como referentes de protección y contención, por lo que la decisión de G. de salir de su casa y vivir en las calles más que un simple acto de huida es una respuesta frente a una situación en la que no encontró recursos afectivos ni institucionales que pudieran ofrecerle una alternativa segura.

Estos son casos donde la institución familiar y el espacio que esta ofrece condiciona las decisiones, también observamos que las dinámicas y las maneras de relacionarse entre sus integrantes moldean desde la infancia las formas en las que las/los adolescentes interactúan y se relacionan con el mundo.

Un ejemplo de ello es el caso de E., un niño de 6 años que muestra conductas agresivas y violentas hacia los demás. Al mencionarle esta situación a su mamá ella argumentó que “su papá era muy llevado con él”, por lo que él niño solo actuaba jugando, no lo hacía con intención de lastimar. Esto evidencia cómo desde el discurso de las figuras parentales se tiende a normalizar la violencia, interpretándola como parte del juego o como una forma de interacción afectiva. De esta manera, el niño internaliza estas prácticas agresivas como modos de vinculación, sin distinguir entre el juego simbólico y el daño físico, lo que puede dificultar la construcción de límites con los otros.

Hablar de la familia en el contexto de las/los adolescentes de la calle no es sencillo. Lejos de la idea tradicional de que la familia siempre será un espacio de cuidado y protección, sus discursos nos muestran que en diversas ocasiones ha sido un lugar de conflicto o incluso de peligro. Sin embargo, aunque el vínculo familiar se haya roto o sea distante, este no desaparece del todo. Lo que observamos es que aun cuando ya no existe un lazo activo con la familia, ésta continúa presente en sus

palabras, acciones y en la forma en que estos adolescentes se vinculan creando formas alternativas de “familia” en la calle.

La violencia como condición sistemática y estructural

“Toda relación de dominación, de explotación, de opresión, ya es en sí violencia. No importa que se haga a través de medios drásticos o no”

(Freire, 1970, p. 43).

Un aspecto que estuvo presente en la mayoría de los discursos obtenidos durante la intervención fue la violencia. No como una experiencia puntual, sino como una condición estructural y sistemática por la que es atravesada su vida desde distintos lugares e instituciones: la familia, la sociedad, la calle, entre otros.

En este contexto coincidimos con Paulo Freire (1968), quien pensaba que la "violencia" no se limita a la agresión física, sino que abarca cualquier forma de opresión que impida el desarrollo pleno de las personas y su participación activa en la construcción de su propia realidad.

Esta mirada permite reconocer que las experiencias de exclusión, estigmatización, negligencia o abuso no son hechos aislados, sino parte de un contexto que muchas veces niega el lugar de estos adolescentes como sujetos sociales. A través de sus experiencias este apartado busca dar cuenta de cómo las/los adolescentes no solo son receptores pasivos de violencia, sino también sujetos que desarrollan estrategias para resistir o adaptarse en contextos hostiles.

En este apartado se abordan discursos que reflejan la normalización de la violencia, como el de N., una adolescente de 15 años de edad, la cual pernocta en las calles de la zona centro, quien al participar en el juego de mesa expresó que durmió bien en la calle “a pesar de lo que pasó” (refiriéndose a una agresión física que vivió) esto nos dirige a una parte fundamental del análisis: la complejidad con la que las experiencias de violencia son vividas y nombradas por los sujetos que han transitado cotidianamente en estos contextos de exclusión, los cuales ponen en riesgo su integridad. Por su parte H., una joven de 20 años que transita las calles de la CDMX afirma que “ya no existe el miedo”, en este sentido no está diciendo necesariamente que no lo siente, sino que ha aprendido a desplazar o a contenerlo.

En contextos donde la amenaza ha sido recurrente el miedo deja de ser una emoción que advierte del peligro, lo cual trae como consecuencia la normalización de factores de riesgos. El análisis del párrafo anterior adquiere aún más peso cuando durante el juego de mesa menciona una excepción que tiene miedo de que vayan a tocar a su hija o de que le pase algo por algún error estúpido que ella pueda cometer. En esta respuesta el miedo reaparece como una emoción vinculada a la responsabilidad, al deseo de protección y supervivencia.

Tanto la experiencia de H., como la de S., quien es una niña de 9 años que habita en una comunidad migrante de la CDMX nos permite aproximarnos a las formas en que el miedo se configura en contextos atravesados por la violencia y la exclusión. Mientras que H., afirma que “ya no existe el miedo”, salvo por la preocupación hacia su hija. S., lo nombra directamente: “sí, miedo, a que alguien te pueda matar”, ambas nombran el miedo, pero lo hacen desde posicionamientos distintos, lo cual nos hace pensar no solo en la presencia o ausencia del miedo, sino en cómo se vive en función de las condiciones estructurales que han tenido que enfrentar. Esto por un lado muestra que para algunos el miedo sigue siendo una emoción presente, que aparece como una respuesta ante el peligro constante en la calle.

Otro tipo de violencia a la que son sometidos estos sujetos se presenta en el discurso de SN., una adulta cuidadora de 35 años, la cual pernocta en la zona centro de la CDMX, este nos permite observar cómo ciertas formas de violencia se inscriben de manera silenciosa en lo cotidiano y se normalizan instaurando lo que Castoriadis(1975) denomina como imaginario colectivo donde la lucha de clases es evidente con las clases dominantes legitimando su visión del mundo mediante la discriminación, violencia e invisibilización estructural y sistemáticamente a estos sujetos, estos mecánicos simbólicos son aceptados, apropiados y resignificados como parte del lenguaje, de la percepción y de la idea misma de normalidad.

Cuando SN., afirma que ella es capaz de descansar en la noche, a pesar del ruido que la gente ocasiona con el fin de molestarla en sus palabras “la gente en lugar de chingarla, ellos mismos la arrullan”, estas palabras, abren una puerta para pensar lo que Pierre Bourdieu (1979) define como violencia simbólica, esa violencia

estructural invisible y silenciosa que atraviesa y condiciona a los sujetos a aceptar el lugar que supuestamente les corresponde sin que parezca una imposición.

Este tipo de discurso evidencia cómo los sujetos no sólo sobreviven, sino que producen formas de adaptación a partir de su experiencia, es decir, la capacidad de “dormir con ruido”, de transformar y significar desde otra perspectiva lo que para otros es una amenaza (voces, gritos, riesgo de ser agredido) en una especie de arrullo, lo cual refleja una transformación subjetiva, ya que es una manera de adaptación al entorno.

Además, el hecho de que SN., exprese que puede descansar “en todo momento” sugiere una redefinición que contrasta con las lógicas institucionales donde el descanso está regulado por espacios privados, vigilados y seguros. En la calle estas se desdibujan ya que la noción de “descanso” se fragmenta debido a que el cuerpo aprende a estar alerta incluso en las horas en que los sujetos suelen dormir, aprovechando cualquier momento del día en los que se consideren seguros para poder descansar.

Los testimonios abordados en este capítulo evidencian la presencia constante de múltiples formas de violencia que experimentan las/los adolescentes de la calle. Estas violencias (físicas, institucionales, simbólicas y estructurales) no son hechos aislados, sino que son elementos entrelazados con su contexto que constituyen y moldean su forma de habitar la calle.

Asimismo, observamos que al ejercer dichas violencias sistemáticamente cumplen una condición determinante en la reproducción de dinámicas que perpetúan su estancia en la calle, es decir, las violencias funcionan como un factor estructural que lejos de buscar alternativas contrarias a la calle, los empuja a normalizar estas experiencias como una forma de adaptación y sobrevivencia del día a día.

Consumo de estupefacientes

“La utilización de sustancias no responde necesariamente a un proceso de marginalidad patológica, sino a una forma de adaptación al medio, de protección frente al sufrimiento o de inserción en un grupo de pares”

(Lucchini, 1996, p. 119).

Durante nuestra experiencia en campo, observamos que el uso de estupefacientes como alcohol, marihuana, piedra, cristal, cocaína, entre otras, formaba parte de la vida cotidiana de las/los adolescentes de la calle. Lejos de ser un factor excepcional, el consumo aparece como una práctica habitual que cumple diversas funciones: puede ofrecer momentos de evasión frente al dolor, el frío, el hambre o la violencia; también puede fungir como forma de vinculación o pertenencia dentro de ciertos grupos. Sin embargo, es importante no idealizar ni normalizar esta práctica. El consumo también puede agravar situaciones de vulnerabilidad, generar dependencia, afectar la salud física.

Esta ambivalencia nos llevó a considerar el consumo como un factor clave para comprender tanto las experiencias como los modos en que se desarrolla la vida de la calle. Decidimos entonces abordarlo desde una perspectiva contextual, que no lo reduzca a una conducta individual ni lo moralice, pero que tampoco deje de problematizar los efectos que puede tener en la vida de quienes lo practican. Reconocer su complejidad implica abrir preguntas sobre las condiciones estructurales que lo posibilitan.

En las diversas pláticas que marcaron nuestra experiencia en campo y que nos llevaron a cuestionar el consumo, resalta una charla informal con J., un adolescente institucionalizado de 16 años que habita en la CDMX, Mientras hablábamos de diversos temas lanzó una pregunta en tono de broma, con una sonrisa irónica: *“¿Usted sabe qué pasa cuando a un niño su mamá nunca lo abraza ni le dice que lo quieren?”* Antes de contestarle, él mismo respondió entre risas “se empieza a drogar”.

Este tipo de respuestas fueron recurrentes a lo largo de la intervención en especial durante el juego de mesa, tal es el caso de, K., de 15 años quien respondió con claridad que las monas son lo que lo hacen sentir feliz. Sin embargo, estos discursos sólo muestran lo que los adolescentes quieren dejar ver, ya que muchas veces más que hacerlos felices (momentáneamente), les generan afecciones físicas relacionadas con la adicción como el síndrome de abstinencia, generalmente este tipo de discursos suelen ser aprendidos para responder frente a instituciones como mecanismos para justificar su consumo.

Otra perspectiva, la escuchamos de JN., un adulto de 35 años que pernocta en las calles del centro de la CDMX, comparte que recurre al consumo para manejar el tiempo o los pensamientos insistentes que emergen cuando no hay nada que hacer. En su experiencia, la sustancia aparece como una forma de protección hacia sí mismo, de evitar conductas impulsivas que podrían ponerlo en mayor riesgo. Por otro lado, esta H., una joven de 20 años quien se distancia del imaginario del consumo como placer o escape, afirmando que lo utiliza para lograr concentración, en su caso, consumir tiene una función instrumental: mantenerse enfocada en un entorno que constantemente exige o amenaza, es decir, la marihuana no la desorganiza, sino que, desde su perspectiva, le permite sostener cierto orden interno.

Este tipo de afirmaciones que emergen en espacios cotidianos y no estructurados permiten ver cómo se elaboran experiencias desde el dolor y la carencia, donde el consumo se convierte en una respuesta frente a entornos hostiles que no han ofrecido otros modos de sostenerse. Asimismo, consumir puede tener una dimensión relacional. En algunos casos, funciona como una forma de establecer o fortalecer vínculos con pares. Compartir una droga, cuidar que el otro no se pase, acompañarse durante los efectos, se convierte en una manera de generar comunidad, de sentirse parte de algo.

Cuando las redes familiares o institucionales han fallado, el consumo también puede ser una forma de cuidado (aunque precaria) entre quienes han vivido experiencias similares. De esta manera, se crea una red simbólica que, aunque vulnerable, funciona como un sostén. En este sentido, los estupefacientes no son solo un objeto de dependencia, sino un dispositivo cargado de significados que se ata a las experiencias singulares y colectivas de quienes habitan la calle.

Construcción de nuevos sentidos

Durante nuestro análisis emergieron factores como la educación, los aprendizajes, los cuidados y el acompañamiento. Estos elementos, más allá de su dimensión práctica, constituyen Derechos Humanos (DDHH) fundamentales. Los derechos DDHH son esenciales porque constituyen el reconocimiento de que toda persona, por el hecho de ser humana, merece vivir con dignidad, libertad y sin discriminación.

Su importancia no solo reside en su dimensión legal, sino también en su impacto en la vida cotidiana. En muchos contextos de desigualdad y exclusión, los DDHH permiten visibilizar situaciones de injusticia que a menudo se naturalizan, y ofrecer una forma desde la cual es posible exigir lo que debería de ser garantizado para todas las personas. Para este trabajo es importante reconocer que, aunque muchas personas no logran identificarlos ni nombrarlos explícitamente como tales, los ejercen en su vida cotidiana, ya que estos derechos inciden directamente en la forma en que las personas se relacionan consigo mismos, con los otros y con su entorno.

En este sentido es pertinente mencionar la idea de Lucchini (1996) quien nos hace pensar en que el conocimiento que se adquiere en la calle no está dentro de los parámetros del saber académico, sino en la experiencia directa, por la urgencia de vivir y sobrevivir. En esta parte del capítulo pretendemos identificar si, a lo largo de su experiencia, las/los adolescentes de la calle han logrado construir y desarrollar nuevos conocimientos, aprendizajes, saberes y sentidos que vayan más allá de una adaptación para sobrevivir en el día a día.

El objetivo es conocer si estos aprendizajes además de enfrentar las exigencias de la vida en la calle, también han permitido generar estrategias singulares y colectivas que les ayuden a proyectarse hacia el futuro, algunos cuidados, diversas formas de vincularse con otros, así como integrarse a nuevos espacios y resignificar su propia historia. A la par, las instituciones (cuando se presentan) también se convierten en espacios educativos y de cuidado; sin embargo, su rol es ambivalente: pueden ser espacios que reafirman la exclusión a través de prácticas autoritarias, negligentes o estigmatizantes, pero a pesar de ello, también pueden representar oportunidades de escucha, encuentro, aprendizajes nuevos y resignificación de los saberes ya adquiridos de la calle.

Educación/aprendizajes

“Nadie educa a nadie, nadie se educa a sí mismo, los hombres se educan entre sí, mediatizados por el mundo”

(Freire, 2005, p.61).

Pensar la educación en el contexto de las/los adolescentes de la calle exige desprenderse de una concepción limitada que reduce el aprendizaje al espacio escolar o institucional. En estos casos, la educación no desaparece, sino que se transforma y adquiere formas no convencionales que van ligadas a la experiencia, a la interacción cotidiana, al vínculo con otros. Desde esta mirada, la calle no es solo un espacio de tránsito o de riesgo, sino que también es un lugar de aprendizajes.

Este tipo de educación no se da bajo estructuras inamovibles, sino que circula a través de los vínculos y el intercambio con otros adolescentes, adultos cuidadores, trabajadores sociales, educadoras o incluso personas en una condición similar. Se transmite en forma de consejos, advertencias, gestos de cuidado, ejemplos o decisiones compartidas. Son formas de enseñanza y aprendizaje que emergen de la necesidad, pero también del acompañamiento y de los lazos afectivos que, aunque frágiles, resultan vitales en los entornos que transitan cotidianamente.

Este apartado busca explorar; cómo se educan las/los adolescentes de la calle, qué aprenden, cómo lo hacen y de qué manera los saberes contruidos desde la calle configuran su subjetividad y su forma de imaginar el futuro. A lo largo del dispositivo emergieron distintos discursos de algunos de los participantes, los cuales nos invitan a pensar las diferentes formas que ellos significan y apropian los aprendizajes obtenidos dependiendo su contexto.

En algunos casos como el de K. 15 años aparece una asociación directa de los aprendizajes con el ámbito académico institucionalizado, cuando él afirma que no sabe nada y que no ha obtenido algún aprendizaje, esto lejos de indicar una carencia real, puede entenderse como una negación de los aprendizajes que ha adquirido fuera de los espacios formales, ya que durante la misma respuesta afirmaba que aprendió a trabajar vendiendo marihuana, dejando entre ver la puesta en práctica de aprendizajes y saberes que le permitiera sobrevivir, adaptarse y resistir a su condición.

En contraste con H. 20 años quien relaciona el aprendizaje con la capacidad de no repetir sus errores, llevándola a resignificarlos al intentar aprender de ellos, esto con el fin de no volverlos a cometer; lo cual puede hacer alusión a su experiencia en la calle y cómo esta le ha servido para seguir transitando en este ambiente hostil. Aquí

aprender no aparece como la incorporación de datos, sino como un proceso de autorregulación ligado a la experiencia de sus decisiones personales.

También encontramos discursos donde diferentes instituciones (públicas y privadas) aparecen como factores estructurales que reproducen las violencias sistemáticas o generan espacios donde la adquisición de nuevos aprendizajes que abren el horizonte a nuevas maneras de significarse y de habitar la calle, un ejemplo de esto se hizo presente cuando SV., un adolescente de 12 años, el cual forma parte de una institución, relaciona el aprendizaje con valores como el respeto y la honestidad, probablemente en referencia a lo que ha vivido en casa o en estos espacios educativos comunitarios como Pro niños o Pilares. Aquí el aprendizaje conserva una forma más tradicional y moralizante, donde los comportamientos “esperados” y las normas de convivencia aparecen como ejes centrales.

En cambio J. 16 años al decir que dejó de consumir al momento de entrar un espacio institucional debido a que no se permite estar en este lugar si se hace uso o está bajo el efecto de alguna sustancia, muestra una dimensión normativa del aprendizaje y así mismo que lo aprendido no sólo está vinculado a una decisión personal, sino también a las reglas del entorno institucional. Aprender, entonces, se presenta como una forma de acomodar la conducta para pertenecer a un espacio determinado, lo cual trae consigo una lógica no solo reflexiva, sino adaptativa: se aprende a modificar ciertos hábitos en función a la permanencia de un lugar que ofrece una estructura, acompañamiento o algún tipo de contención.

Finalmente, en el caso de JV. 35 años. El aprendizaje se vincula desde el conocimiento de aspectos legales básicos relacionados con la identidad y el acceso al trabajo. Su referencia a la importancia de contar con documentos oficiales, como el INE, muestra una comprensión práctica del saber, orientada a moverse dentro de los marcos institucionales que rigen la vida social. Aprender, en este caso, implica entender cuáles son los requisitos para ejercer determinados DDHH o acceder a servicios, y este saber, aunque limitado por contextos de exclusión, se vuelve fundamental para exigir al estado políticas que atiendan de manera integral los desafíos de esta condición.

En este sentido, pensamos que la educación, los aprendizajes y saberes múltiples de los sujetos que habitan la calle, parten desde las habilidades que les permiten sobrevivir al entorno que los rodea hasta un modo de resistencia a través del sentido de pertenencia el cual va más allá de lo estipulado por las instituciones, las cuales en ocasiones discriminan y excluyen a los sujetos y de su significación como sujeto, estos se desarrollan con experiencias, intercambios, reconocimiento del espacio, de los otros y de sí mismos, por lo que, comienzan a entenderse como sujetos activos en las decisiones que toman para la construcción de su futuro.

Cuidados

*“La pertenencia a un grupo ofrece cierta protección ante la violencia del medio y permite la construcción de un sentido de identidad”
(Lucchini, 1996, p 157).*

En el contexto de la calle, el cuidado no desaparece, solo se transforma. A diferencia de los entornos familiares o institucionales tradicionales, donde el cuidado suele estar ligado a figuras adultas responsables, en la calle esta función se redistribuye, se adapta y adquiere formas distintas. En este apartado entenderemos el cuidado como un conjunto de prácticas y decisiones que las/los adolescentes desarrollan para sostenerse, protegerse y para cuidar a otros. Esto puede abarcar desde estrategias de autocuidado hasta gestos de solidaridad cotidiana entre pares, como compartir alimento, acompañamiento, alertarse del peligro, entre otras.

Estas formas de cuidado no siempre son reconocidas o visibles, pero constituyen una parte importante de la calle; lejos de idealizarlas, nos interesa comprender cómo se construyen, desde donde emergen y qué sentidos adquieren para quienes las practican. Esta categoría nos permite observar cómo, incluso en contextos marcados por la violencia o la exclusión, las/los adolescentes despliegan formas activas de ejercer sus DDHH y sostener la vida, donde el cuidado se vuelve una práctica aprendida, transmitida y resignificada.

En los distintos relatos se observa cómo el cuidado, tanto hacia uno mismo como hacia los otros, se encuentra estrechamente vinculado con las trayectorias afectivas, los vínculos y las experiencias de vida. A partir de las respuestas que dieron los sujetos, es posible reconocer que el cuidado no responde a una única forma, sino

que se manifiesta de manera situada, a veces contradictoria, y siempre condicionada por las posibilidades reales de cada sujeto.

Por ejemplo, S. 9 años una niña migrante que habita las calles de la CDMX, al referirse a su madre como figura de cuidado ante una lesión, pone en evidencia que, a pesar de las situaciones adversas, existen formas básicas de protección y afecto. Esta referencia revela la persistencia de ciertos vínculos familiares que operan como un anclaje subjetivo y que permiten activar experiencias de cuidado que muchas veces son invisibilizadas en la narrativa dominante sobre las personas de la calle.

Por otro lado, en el discurso de JV. 35 años, que remite a prácticas de cuidado colectivo entre pares, especialmente dentro de dinámicas de la calle. Su experiencia habla de un tiempo en el que existía mayor cohesión grupal: un “nosotros” que se traducía en acciones concretas como acompañar al otro al médico, preocuparse por su estado, asumir la responsabilidad del grupo, entre otras. Esta práctica de cuidado horizontal puede entenderse como una forma de solidaridad que genera comunidad. La percepción de pérdida de ese acompañamiento que menciona en su discurso, es debido a que actualmente le toman más importancia al consumo de estupefacientes, lo cual sugiere un cambio en las formas vinculares, que podría deberse tanto al desgaste por la exclusión prolongada como al impacto del consumo.

Así mismo en el discurso comienzan a figurar las instituciones como entes que facilitan y promueven el ejercicio de algunos de los DDHH. En el caso de H., una joven de 20 años, quien no menciona explícitamente el cuidado, pero su enumeración de instituciones revela una cartografía de recursos que forma parte de sus estrategias. Saber qué espacios existen y el tipo de atención que brindan implica un aprendizaje práctico de cómo moverse por el mundo cuando no hay un entorno familiar protector.

Es importante aclarar que las instituciones no siempre cumplen con el rol de espacio de cuidados, educación, y seguridad, en ocasiones son el medio por el cual las violencias sistemáticas se reproducen. En esta circunstancia la experiencia de Z., un adolescente de 15 años, de la calle vinculado a la institución, quien fue detenido por autoridades durante un operativo nocturno y llevado por la fuerza a una institución del DIF, es clave para introducir una dimensión crítica del cuidado institucional, lo que inicialmente se presenta como un “rescate” desde la perspectiva de las autoridades,

para el adolescente fue vivido como un acto violento, una persecución, una detención sin consentimiento.

Teniendo en cuenta a Cajas, Morales y Del río (2012) la llamada “limpieza social” es una práctica violenta y excluyente, ejercida por el estado que opera bajo la lógica de desplazar a las personas que no encajan en los modelos hegemónicos de “ciudadanía”, “normalidad” con el único objetivo de mantener una imagen limpia del espacio público. Esto revela que muchas de las intervenciones estatales, lejos de proteger pueden profundizar el trauma, criminalizar la pobreza o interrumpir redes mínimas de pertenencia como las que había construido con otros sujetos de la calle.

La institucionalización forzada de Z., muestra cómo los mecanismos del Estado pueden operar bajo lógicas punitivas o disciplinarias, disfrazadas de DDHH como el cuidado. Sin embargo, también aparece un contrapeso: la intervención de una organización civil que logra su liberación y su posterior ingreso a un programa de atención. Esta acción repara, en parte, el daño, y evidencia que el cuidado institucional puede adquirir formas más humanas cuando se ejerce desde otra mirada.

Este caso nos enfrenta a la pregunta por el lugar del Estado en los procesos de DDHH: ¿Quién define qué derechos procurar? ¿Desde qué lugar se interviene? ¿Qué ocurre cuando la protección se convierte en imposición? El caso de Z permite pensar en las ambivalencias y contradicciones en lo institucional: puede ser un espacio de violencia o de cuidado, dependiendo de cómo y desde dónde se ejerza la intervención.

Por otra parte, la reflexión de G un adolescente de 16 años, al hacer mención sobre que el cuidado hacia los demás se encuentra mediada por una vivencia de soledad. Al afirmar que siempre ha estado solo, no solo describe una condición material o familiar, sino también una experiencia subjetiva que ha configurado su forma de sentir a través del abandono de sus figuras parentales. Esta afirmación sugiere que su capacidad de cuidar ha estado orientada principalmente hacia sí mismo desde la infancia, esto, como una forma de sostenerse en contextos donde las figuras significativas y los vínculos de cuidado han sido inestables.

La ausencia de referentes adultos protectores o de experiencias de contención compartida puede influir en cómo se internaliza la noción del cuidado: no como un

intercambio recíproco, sino como una responsabilidad que recae únicamente sobre sí mismo. Esto no implica una falta de sensibilidad hacia otros, sino que señala la dificultad de reconocer en uno mismo la posibilidad de ofrecer lo que no ha recibido por parte de sus cuidadores. Sin embargo, el solo hecho de ponerlo en palabras también puede leerse como un primer movimiento hacia una reflexión más amplia sobre su lugar en los vínculos que forma.

También observamos que el cuidado en ocasiones está relacionado con la violencia. Cuando M., una niña de 12 años que habita en un predio en la zona centro de la CDMX, responde desde una posición de defensa activa frente a un entorno que percibe como amenazante. La forma en que menciona cómo se cuida remite a estrategias inmediatas de autoprotección física, donde el cuerpo y la respuesta agresiva aparecen como herramientas para mantener su integridad. Esta manera de cuidado se articula en un contexto en el que las amenazas pueden ser latentes o estar presentes en la cotidianidad, y donde no siempre existen figuras externas que puedan intervenir ante situaciones de riesgo.

Más allá del acto de defensa, lo que se despliega es una forma de afirmación de sí misma, de agencia, de posicionamiento en contextos de violencia o descuido donde el cuidado puede adoptar formas que desde otros lugares podrían parecer disruptivas, pero que en realidad responden a una necesidad urgente de autovalidación y de protección.

En contraste, durante una de las sesiones del juego de mesa, H., una joven de 20 años fue invitada a reflexionar sobre el miedo. Al inicio, su respuesta fue defensiva: afirmó no sentir miedo. Esta respuesta puede entenderse como una postura construida en contextos donde la expresión de la vulnerabilidad se asocia al peligro o a la debilidad. En muchos espacios atravesados por la violencia, reconocer el miedo puede percibirse como una amenaza para la propia sobrevivencia, ya que mostrarse vulnerable puede ser usado en contra de quien lo es. Sin embargo, en un giro repentino, H. se detiene, se escucha y se corrige a sí misma: *“Ah no, sí, sí tengo miedo... de que vayan a tocar a mi hija, de que le pase algo por algún error estúpido que cometa”*.

Esta corrección en su discurso marca un punto de inflexión en términos subjetivos, ya que no sólo deja ver la propia contradicción, sino que también permite

ver un proceso subjetivo con un trasfondo más profundo. El miedo, que en un principio parecía negado, reaparece no como una amenaza dirigida directamente hacia ella, sino como una extensión de preocupación por el cuidado y bienestar de su hija. De esta forma, el miedo ya no es una emoción puramente individual, sino que se proyecta hacia un otro. La figura de la hija opera así, como un anclaje subjetivo que permite la reactivación y autoconsciencia de la afectividad, del cuidado y de la responsabilidad que habita como sujeto.

La expresión de este miedo no es solo una confesión emocional; es también una afirmación de agencia en donde H., es capaz de sentir, de reflexionar sobre sus propios actos, y de anticipar consecuencias. Tal como plantea Freire (2004), “asumirse como sujeto” implica reconocerse como objeto en diversos contextos, pero también recuperar la capacidad de decisión, de amor, de intervención. En este sentido, el miedo que H. expresa se entrelaza con el amor: es porque ama, que teme, es porque se preocupa que puede proyectarse más allá de sí misma. Es en esta dialéctica entre el cuidado y el miedo donde se afirma como sujeto, no sólo como madre, sino como alguien capaz de asumir un vínculo afectivo en el cual es consciente de la agencia que tienen sus decisiones en la vida de otros, específicamente, en la vida de su hija.

Los discursos analizados permiten reconocer que el cuidado y cariño en su sentido más amplio, se expresa de múltiples maneras: como defensa, como acompañamiento, como memoria afectiva, como intervención institucional. Estos modos de cuidado no son homogéneos ni universales, sino que se configuran desde las experiencias singulares de quienes habitan la calle. Comprender estas formas de cuidado propias de la calle, sin juzgarlas desde lógicas normativas, permite abrir caminos para pensar en intervenciones más sensibles y constructivas, que no impongan una idea única de lo que significa la protección, sino que dialoguen con las prácticas ya existentes.

Adolescencias de la calle: sujeto social

En contextos marcados por la exclusión y la violencia estructural, suele asumirse que las/los adolescentes de la calle son sujetos pasivos que carecen de la capacidad de tomar decisiones. Sin embargo, sus experiencias muestran que, a pesar de las

condiciones adversas, emergen prácticas cotidianas que expresan elección, posicionamiento y lucha por sobrevivir. En este sentido, reconocerse no solo como sujetos, sino como sujetos sociales quienes según Liebel (2003) no sólo son objeto de las estructuras sociales y las condiciones que los rodean, sino que las cuestionan, reinterpretan, las confrontan y, en muchas ocasiones, las transforman.

Estos no inciden ni se manifiestan necesariamente de manera violenta, algunas veces aparecen de manera silenciosa en gestos mínimos: el cuidado mutuo, el humor como defensa, el refugio colectivo, la negativa de entrar en ciertas dinámicas institucionales o la decisión de retirarse de consumos que dañan. Estas acciones configuran territorios simbólicos donde las personas construyen sentidos y se resignifican como sujetos sociales con los aprendizajes, saberes y habilidades que les permiten tanto exigir, como ejercer sus DDHH, así como de organizarse, apropiarse e incidir en los espacios que habitan.

La calle como territorio de pertenencia

“El sujeto no es simplemente una conciencia o una razón, sino la emergencia de un imaginario que puede significar, crear, querer y hacer”

(Castoriadis, 1975/1983, p. 180).

La calle no es simplemente un lugar de tránsito o un escenario externo a la vida cotidiana: para muchos adolescentes, constituye un territorio de pertenencia, de relaciones, de aprendizajes y también de tensiones. Es un espacio que habitan de manera activa, donde experimentan afectos, construyen vínculos y generan formas propias de organización y sentido. Lejos de tratarse de un entorno homogéneo o ajeno, la calle se convierte en una extensión del mundo subjetivo, donde se producen significaciones complejas sobre el cuerpo, el cuidado, el peligro o la solidaridad.

Habitar la calle implica enfrentarse a un conjunto de condiciones materiales, simbólicas e institucionales que permean de manera directa la vida de los/las adolescentes, desde la forma en que se alimentan, descansan o se desplazan, hasta cómo construyen redes de apoyo, se apropian de espacios o enfrentan situaciones de violencia. En este marco, la calle puede aparecer como un espacio de riesgo y

exposición, pero también como un lugar que otorga sentido de identidad y pertenencia, así como de aprendizajes, estrategias y de vínculos que no siempre encuentran lugar en los espacios formales.

Este apartado busca conocer la calle como una dimensión fundamental para la experiencia de los/las adolescentes en estos contextos. Al escucharlos es posible reconocer cómo este espacio se resignifica de manera constante a través de sus prácticas, sus formas de narrarse y de relacionarse. Así la calle no es sólo un escenario exterior, sino un lugar importante, cargado de sentido, donde se pone en juego lo social, lo afectivo y lo subjetivo.

En el caso de H. de 20 años y JL. un adulto cuidador, quien se encuentra trabajando de limpiaparabrisas en la zona centro de la CDMX, observamos cómo, desde caminos diferentes, ambos representan una figura de cuidado dentro de la calle. Aunque no provienen del mismo lugar, se entrelazan en la experiencia de habitar la calle.

H., se nombra a sí misma como alguien que ha “*tomado decisiones equivocadas*”, pero se distancia del lugar de pérdida total al afirmar que “*no está tan perdida*” y que procura ayudar “*a los que se dejan ayudar*”. Esta afirmación muestra una toma de posición subjetiva: se reconoce como parte de una comunidad, pero también como alguien que tiene algo para ofrecer dentro de ella, es decir, es alguien que ha recibido acompañamiento en algún momento, y también es capaz de brindarlo. Su discurso permite pensar en el cuidado no como una función exclusivamente adulta o institucionalizada, sino como una práctica que puede surgir entre pares.

JL, por su parte, es presentado como un adulto que, luego de una etapa de desvinculación institucional motivada por su consumo de sustancias, retoma una función activa en el espacio público al convertirse en una figura de referencia para los/las adolescentes. Lo interesante aquí no es sólo su rol como trabajador (limpiaparabrisas), sino la manera en que moviliza su historia singular como herramienta de intervención. JL no impone un discurso de corrección moral, sino que comparte su propia experiencia como una forma de agencia: al transmitir su

experiencia desde un lugar empático, se coloca como un mediador entre la calle y la institución, entre el pasado y las posibilidades futuras de los sujetos.

Este tipo de cuidado que ejercen tanto H como JL no se limita a los actos asistenciales. Es un cuidado que implica escucha, soporte, identificación y experiencia compartida. Su presencia introduce una forma de “autoridad horizontal” en el grupo: una figura que no impone desde arriba, sino que acompaña desde la cotidianidad y la experiencia, desde esta reflexión, consideramos ambos casos como ejemplos donde con base en las experiencias se han significado como sujetos sociales. Según Liebel, también construyen activamente las estructuras sociales, participan en ellas y tienen la capacidad de influir; en agencia, con la capacidad de expresarse, tomar decisiones y actuar en su propio interés y en el de su comunidad. En este sentido Castoriadis (1995) menciona que cuentan con la capacidad de crear y transformar significaciones imaginarias sociales, así como a constituirse a través de ellas incidiendo en los espacios, políticas, miradas y perspectivas públicas y sociales, ejerciendo su agencia social

El relato de J permite situar con claridad otra perspectiva que deja ver un discurso donde se pueden interpretar otras formas de agencial, destacando la tensión entre daño y posibilidad. Cuando en su discurso expresa *“me siento mucho mejor, sólo que siento que sí me chingo el cerebro”*, está nombrando los efectos que ha tenido el consumo de sustancias en su mente y cuerpo. Al decir que se siente *“lento”* y que le cuesta pensar o concentrarse, no sólo da cuenta de un deterioro cognitivo, sino que lo reconoce desde un lugar de conciencia, sin negarlo ni justificarlo. Esto, en sí mismo, ya supone un primer gesto como sujeto social: el poder narrarse, situando el consumo dentro de su experiencia y reconociendo su impacto en la forma en la que perciben su entorno.

No obstante, lo más relevante del caso de J es cómo, a pesar de estas secuelas, logra posicionarse desde un lugar activo. El hecho de que afirme sentirse *“mejor”* no remite a una idealización, sino a una transformación que ha ocurrido a través del tiempo y, sobre todo, mediante sus propias decisiones. En el contexto de la calle, donde las condiciones estructurales suelen producir y reproducir exclusión, dependencia y desarraigo, en estos casos, la posibilidad de ejercer agencia social

(tomar decisiones, responsabilizarse de ellas y asumir nuevas formas de estar) constituye un acto transformador y subjetivante.

Las representaciones que las/los adolescentes hacen de la calle, no son homogéneas ni fijas. Por el contrario, emergen como construcciones subjetivas que dan cuenta tanto de las violencias estructurales que atraviesan como de las formas en que resisten y se posicionan frente a estas. Por ejemplo, G. de 16 años, revela en sus palabras una doble mirada que no se contradice, sino que complejiza su experiencia. Por un lado, reconoce que en este punto ya puede comprender que *“la calle es un riesgo para cualquier persona”*; sin embargo, esto no lo lleva a tener o mostrar un rechazo, sino reafirma su pertenencia a ella: *“siempre va a ser como mi casa”*. Esta afirmación muestra una forma de resignificación activa: G. no niega el peligro, pero lo ubica dentro de una narrativa afectiva donde la calle sigue siendo un espacio identitario. Su uso de la palabra *“casa”* no es casual: resignifica la noción de hogar fuera de la estructura familiar e institucional tradicional. Desde allí, su resistencia no se expresa en el alejamiento del riesgo, sino en la capacidad de seguir habitando ese espacio con conciencia crítica, sin negar su crudeza, pero sin renunciar a lo que ahí ha experimentado.

Por su parte, SV., de 12 años, introduce una perspectiva territorial en la cual se afirma que *“cada barrio tiene su historia”*. Al hablar de Tepito y de cómo la actitud con la que se llega a un lugar puede marcar la diferencia en las relaciones, SV muestra una versión situada del espacio urbano. No reproduce un discurso generalizado del miedo o el peligro, sino que piensa la calle como un entramado de códigos, donde lo que puede vivirse o verse como amenaza depende del modo en que uno se inserta en él. Esto da cuenta de cómo SV ha aprendido a interpretar los signos sociales de cada territorio y a actuar estratégicamente dentro de ellos.

Todos estos testimonios reflejan entonces que, aunque la calle está atravesada por condiciones adversas las/los adolescentes no permanecen pasivos frente a ellas. Al contrario, a través del lenguaje, del reconocimiento del riesgo, de la pertenencia simbólica y del análisis territorial, configuran respuestas que les permiten sostener su subjetividad en un contexto hostil y estrategias que les permitan transformar su entorno.

Los sujetos sociales en estos casos se vuelven visibles en la capacidad de narrar la calle desde una voz propia, compleja, capaz de habitarla de manera crítica, transformarla y, a pesar de todo, encontrar en ella un sentido. Así, la calle no sólo moldea la estructura y concepción de las personas, sino también es resignificada por quienes la habitan.

Reflexiones finales.

El trabajo de investigación tuvo como propósito central conocer de manera situada, reflexiva y crítica las experiencias de las/los adolescentes que habitan las calles de la CDMX. Es a través de una mirada etnográfica que este trabajo se propuso pensar la calle, no como un simple espacio de tránsito, sino como un territorio simbólico, afectivo y subjetivo, se reveló como un escenario complejo donde se entrecruzan exclusiones estructurales y formas singulares de construcción de sentido.

Uno de los principales aportes de esta investigación fue identificar la diversidad de narrativas que las/los adolescentes elaboran acerca de sí mismos y sobre los entornos que habitan. Estos relatos reflejan trayectorias de vida permeadas por la presencia de instituciones, la violencia sistemática, la estigmatización social y las condiciones del espacio; sin embargo, también evidencian la capacidad de las/los adolescentes para ejercer su agencia, establecer vínculos, construir saberes establecer formas alternativas de cuidado y resistencia en estos contextos.

Durante las intervenciones en campo fue evidente que muchos de los factores que condicionan a los adolescentes a vivir en la calle son estructurales e institucionales, la violencia normalizada dentro del ámbito familiar, la falta de acceso a derechos básicos como la salud, la educación, la vivienda o la documentación legal, así como la ausencia de políticas públicas eficaces son ejemplos de estos factores. La figura de la familia representa un espacio simbólico que las/los adolescentes siguen habitando desde la distancia, desde la memoria o desde el dolor. Es en ese espacio que parece incierto donde los adolescentes dudan de permanecer en la calle, es ahí cuando consideramos que el trabajo educativo y psicosocial pueden hacer la diferencia, no para imponer una forma de vivir, sino para abrir posibilidades de relacionarse desde un lugar más seguro, más libre y más humano.

En este sentido, las intervenciones con adolescentes no solo deben centrarse en forzar un regreso a las normas y modelos tradicionales, sino en lograr un

acompañamiento de la construcción de nuevos vínculos, aprendizajes y espacios donde puedan sentirse cuidados y escuchados; donde sientan que pueden hablar de su historia y comenzar a resignificar lo vivido.

Un factor que emergió durante la investigación fue la violencia, la cual no aparece como un evento aislado, sino como un factor determinante y constante que moldea la subjetividad de los/las adolescentes y sus formas de relacionarse en el mundo. La normalización de estas violencias, en usos del lenguaje o en discriminaciones sistemáticas, plantea una problemática que se debe abordar desde el conocimiento situado, político y sensible. Es así como la labor de intervención también logra producir formas de agencia que surgen desde lo cotidiano: la capacidad de cuidar al otro, de crear vínculos afectivos y narrarse a sí mismos desde lugares no estigmatizados.

Por otra parte, se identificó que la educación, aprendizajes y saberes contruidos de las/los adolescentes de la calle; no es algo que se da exclusivamente en espacios privados y normativos, por el contrario, se puede observar en cualquier espacio donde se pueda producir conocimiento, sentidos y subjetividades. Por esta razón, la calle se reconoce como un espacio donde se pueden crear aprendizajes los cuales son útiles, ya que les ayuda a sobrevivir, vincularse con los otros, cuidarse y defenderse. Estos saberes son fundamentales para poder desarrollar su identidad como sujetos sociales, además de cambiar la idea de que la calle solo destruye, y mostrar que también puede ser escenario de vínculos, aprendizajes ligados a la experiencia, a la necesidad, pero también a la posibilidad de proyectarse hacia el futuro.

El cuidado, se hizo presente en las diversas formas mediante las cuales sostienen la atención propia y de otros. Se observó como una práctica compleja que, no solo responde a modelos tradicionales, sino que se logra adaptar a las condiciones del contexto en el que se suscite. Se identifican diversas formas de autocuidado, cuidado entre pares, cuidado desde la experiencia vivida, y también algunas otras del cuidado institucional, las cuales suelen ser contradictorias, ya que en estas mismas también se pueden encontrar la contención y la violencia.

Con esta investigación se profundizó en las subjetividades de las/los adolescentes de la calle, ya que esta figura no puede ser entendida de manera unidimensional o estática, sino como un sujeto en constante tensión entre la violencia y la solidaridad, entre la exclusión y la participación. Estos adolescentes no se limitan

solamente a habitar la calle, tienen la capacidad de significar, transformar y resignificar. Para ellos, la calle se convierte en un lugar de pertenencia, en un "hogar" simbólico que, sin importar los riesgos, el espacio les proporciona un sentido de identidad, pertenencia y comunidad.

Es por lo antes mencionado que damos gran importancia a trabajar con poblaciones que se encuentran en estas condiciones, debido a que las personas han estado la mayor parte del tiempo en la calle, permitiéndoles adquirir experiencias y saberes los cuales son capaces de resignificar, fomentando una transformación en sus formas de plantearse el futuro y generando una brecha en la que puedan interesarse en acompañamientos que sientan apropiados.

Por este motivo, se propone una intervención pensada desde la participación y la relación horizontal por medio de un dispositivo lúdico en este caso el juego de mesa "Entre calles y encuentros" el cual permitió la generación de espacios de escucha y de reflexión colectiva, que hubiera sido complicado generar utilizando dispositivos tradicionales, los cuales la mayoría no están diseñados para estos contextos.

A lo largo de las intervenciones el juego demostró contar con múltiples cualidades adicionales a las previamente pensadas, al ser capaz de adaptarse a diferentes espacios y tipos de población y respondiendo a cualidades muy presentes de la calle, como el constante flujo de los sujetos a estos poderse integrar en cualquier momento o irse y regresar sin afectar la dinámica de la partida, también se observó como este puede funcionar con distintos grupos, presentando diferencias en las respuestas y formas de participación, cualidad importante para improvisar durante la partida y pensar en distintas actualizaciones para el mismo, que puedan ser usadas en futuras investigaciones abriendo la puerta a preguntarnos: ¿de qué manera se puede adaptar el juego pensando en otras poblaciones?, ¿qué otras variables influyen en las formas de narrar la experiencia?, ¿cómo puede ser utilizado en contextos de una intervención institucional?

Ser sujeto en la calle, como lo muestran las/los adolescentes con los que se trabajó, no es solo sobrevivir: es narrarse, es vincularse, es transformar, es sostener la vida a pesar de todo. Es por eso que el horizonte de cualquier intervención con poblaciones callejeras debería no quedarse con los dispositivos existentes, sino diseñar nuevos y creativos dispositivos de intervención a partir del reconocimiento de

los adolescentes como sujetos sociales, instituyentes y las condiciones de los contextos que habitan.

La familia, educación y cuidado más allá de su dimensión práctica que constituyen son DDHH fundamentales, por lo que promoverlos y defenderlos, es en última instancia, una forma de sostener la esperanza en una sociedad más justa, solidaria e igualitaria. En este sentido, el juego no es solo un funciona como un medio lúdico, sino una forma de expresión alternativa, una puerta de entrada a realidades que muchas veces son silenciadas.

Referencias bibliográficas

- Bachiller, Santiago. (2009) Significados del espacio público y exclusión de las personas sin hogar como un proceso de movilidad forzada. *Reis*, (núm 128), 125-137. Madrid, España <https://www.redalyc.org/pdf/997/99715235005.pdf>
- Bourdieu, Pierre. (2008 [1975]). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto* (J. Prades, Trad.). Madrid: Taurus.
- Castoriadis, Cornelius. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad* (J. Varela & M. González, Trads.). Tusquets Editores.
- Comboni Salinas, Sonia. (2008). Procesos culturales, diversidad y educación. *Globalización y resignación de lo local. Veredas. Revista del Pensamiento Sociológico*. 93–118. Mexico: UNAM – UAM-Xochimilco.
- Comisión Estatal de Derechos Humanos de Nuevo León [CEDH]. (2017). *Cartilla sobre los derechos humanos de niñas, niños y adolescentes en situación de calle*. <https://www.cedhnl.org.mx/bs/secciones/publicaciones/cartillas/Cartilla-OG-21-Ninez-situacion-de-calle.pdf>
- Comisión para la Igualdad Sustantiva entre Niñas, Niños y Adolescentes. (2021). *Estrategia de atención y protección integral a la niñez y adolescencia en situación de calle*. <https://www.gob.mx/sipinna/es/documentos/comision-igualdad-sustantiva-entre-ninas-ninos-y-adolescentes>
- Delgado, Manuel (1999). *El animal público: hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama. https://ia601509.us.archive.org/2/items/ElAnimalPublico_201704/El%20animal%20publico.pdf

- Destarac, Mario. (30 de Abril de 2025). ¿Qué es asistencialismo?. Sociología necesaria. <https://sociologianecesaria.blogspot.com/2012/11/que-es-asistencialismo.html>
- Folgueiras, Pilar. (s/f). Técnica de recogida de información: La entrevista. <https://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/99003/1/entrevista%20pf.pdf>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). (2017). Niños de la calle en la Ciudad de México: Un problema estructural. <https://www.humanium.org/es/ninos-la-calle-la-ciudad-mexico-problema-estructural/>
- Freire, Paulo. (1991). Y los educadores de la calle: Una aproximación crítica (UNICEF) Colombia: Editorial Gente Nueva
- Freire, Paulo. (1997). Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa. México: Siglo XXI Editores.
- Freire, Paulo. (2004). Pedagogía de la autonomía: Saberes necesarios para la práctica educativa (25.^a ed., p. 20). Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Fundación Pro Niños de la Calle I.A.P. [FPN]. (2025). Nosotros. <https://proninosdelacalle.org.mx/nosotros>
- Fundación Pro Niños de la Calle I.A.P. [FPN] (2025). Fundación Pro Niños de la Calle I.A.P. <https://proninosdelacalle.org.mx/>
- Giraldo, Silvio. (12 de diciembre de 2014). Del asistencialismo a la asistencia digna. Red Latinoamericana de Gerontología. <http://gerontologia.org/portal/information/showInformation.php?idinfo=3103>
- Guber, Rosana. (2001). La etnografía: Método, campo y reflexividad. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Defensoría del Pueblo: Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA). (24 de abril de 2019). Las personas en situación de calle: informe de la defensoría. https://defensoria.org.ar/archivo_noticias/las-personas-en-situacion-de-calle-en-la-caba-informe-de-la-defensoria/
- Lucchini, Ricardo. (1996). Sociología de la vida en la calle: Niños, jóvenes y adolescentes en situación de calle. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Lucchini, Ricardo. (1996 a). El espacio de la calle: La calle como ámbito de socialización (pp. 101–103). Buenos Aires: Editorial Losada.
- Lucchini, Ricardo. (1999). Niño de la calle: Identidad, sociabilidad, droga. Los Libros de la Frontera.

- Magazine, Roger. (2007). Los niños de la calle en la Ciudad de México: Un marco alternativo para su estudio. En familia y diversidad en América Latina: Estudios de caso (pp. [páginas no especificadas]). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/robichaux/12-RogMagazine.pdf>
- Malinowski, Bronisław. (1986 [1922]). Los argonautas del Pacífico Occidental. Planeta-Agostini.
- Márquez Escamilla, Betzabé y Rodríguez Domínguez, Emanuel (2021). Etnografías desde el reflejo: Práctica-aprendizaje. Biblioteca Digital Juan Comas <http://bdjc.iaa.unam.mx/items/show/459>.
- Palacios, Jesús. (1979 [1984]). La Cuestión Escolar: críticas y alternativas (1ª ed.). Barcelona: Editorial Laia. https://proletarios.org/books/Jesus-Palacios-La_cuestion_escolar.pdf
- Rizzini, Irene (1996). Niños y adolescentes en situación de calle: Entre la tradición y la modernidad. Desarrollo y Sociedad. Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro.
- Junta de Asistencia Privada [JAP] (2025). ¿Qué es una IAP? https://www.jap.cdmx.gob.mx/portal/index.php?option=com_content&view=article&id=901&catid=123&lang=es&Itemid=1
- Saenz, Andrea. (2015). Asistencia social: Un estudio de los principales referentes teórico-metodológicos. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5403074.pdf>
- Sanmartín Arce, Ricardo. (2003 [2005]). La observación participante. En Observar, escuchar, comparar, escribir: La práctica de la investigación cualitativa (pp. 51–79). Barcelona: Ariel. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5042196.pdf>
- Secretaría de Bienestar e Igualdad Social de la Ciudad de México [SEBIEN]. 2025. Programas sociales. <https://sebien.cdmx.gob.mx/programas-sociales>
- Sistema Nacional de Protección de Niñas, Niños y Adolescentes. (17 de enero de 2023). Desamparo y penumbra: Niñas, niños y adolescentes en situación de calle. <https://www.gob.mx/sipinna/articulos/desamparo-y-penumbra-ninas-ninos-y-adolescentes-en-situacion-de-calle?idiom=es>
- Stricklan, Rebeca Danielle. (2012). Poblaciones callejeras: De la asistencia a la represión. Desacatos (núm. 38), 105-120. Distrito Federal, México. <https://www.redalyc.org/pdf/139/13923155008.pdf>

- Taracena Ruiz, Elvia (2014). Los niños y jóvenes en situación de calle como sujetos educativos. Diálogos sobre la educación. Temas actuales en investigación educativa, vol. 5, (núm. 8), 1-18. Universidad de Guadalajara Zapopan, México.

- Vasilachis de Gialdino, Irene (coord.) (2006). Estrategias de investigación cualitativa. Barcelona: Gedisa Editorial.

- Wacquant, Loïc. (2001). Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio. Buenos Aires: Manantial.

https://redpaemigra.weebly.com/uploads/4/9/3/9/49391489/lo%C3%AFc_wacquant_-_parias_urbanos_-_marginalidad_en_la_ciudad_a_comienzos_del_milenio.pdf

- Zapata, Florencia., & Rondan, Vidal. (2016). La investigación-acción participativa: Guía conceptual y metodológica del Instituto de Montaña. Instituto de Montaña.

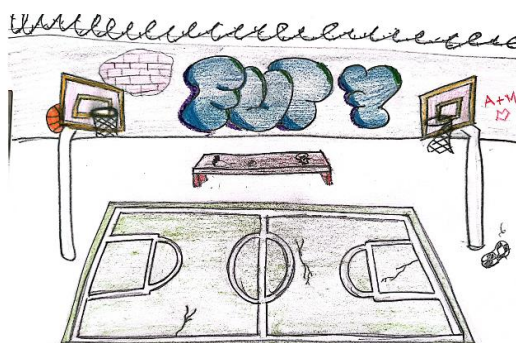
Lima: Instituto de Montaña

Anexos

Dibujos



Anexo 1. Dibujo Centro de salud



Anexo 2. Dibujo Canchas



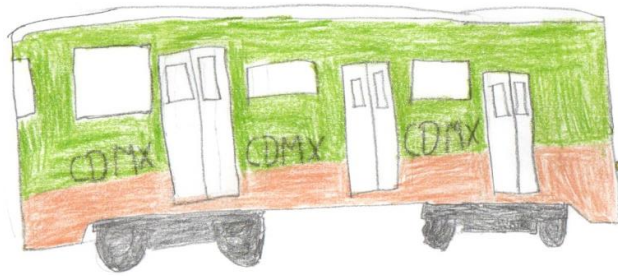
Anexo 3. Dibujo Mercado



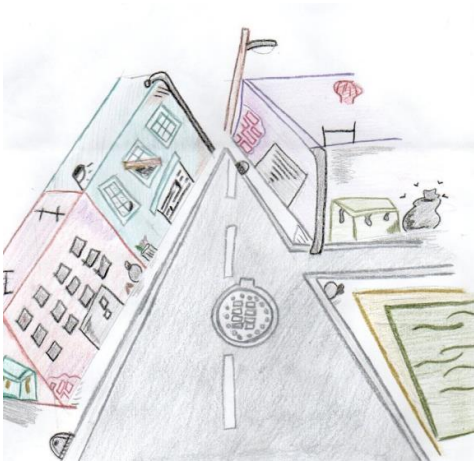
Anexo 4. Dibujo Parque



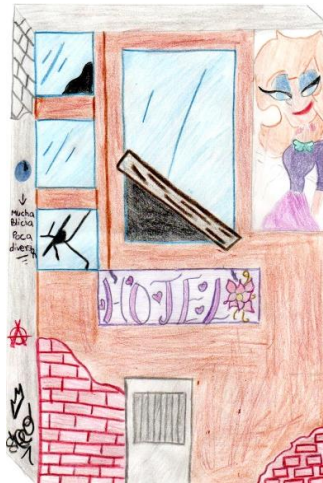
Anexo 5. Dibujo Escuela



Anexo 6. Dibujo Metro



Anexo 7. Dibujo Calle



Anexo 8. Dibujo Hotel



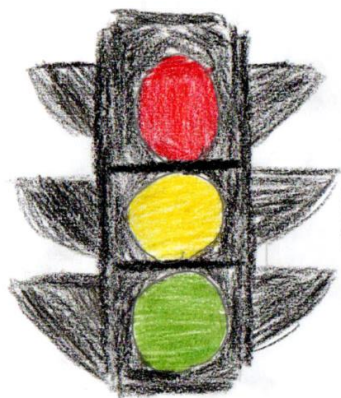
Anexo 9. Dibujo Comedor



Anexo 10. Dibujo Instituciones



Anexo 11. Dibujo Punto de venta



Anexo 12. Dibujo Semáforo

Tablero



Anexo 13. Tablero Entre calles y encuentros

Preguntas

10 preguntas por color (4 de cada uno) = 12 casillas

Emociones (amarillo) violencia y diversión

1. ¿Qué emociones conoces?
2. ¿Qué te hace sentir feliz?
3. ¿Qué hace una persona triste?
4. ¿Cómo sabes que una persona está enojada?
5. ¿Qué hace una persona preocupada?
6. ¿Qué es el miedo?
7. ¿Cómo te sientes hoy?
8. ¿Qué haces para divertirte?
9. ¿Qué te hace estar tranquilo?
10. ¿Qué haces cuando estás aburrido?
11. ¿Cómo te sientes compartiendo tu espacio?
12. ¿Qué te hace sentir seguro?
13. ¿Con quienes te diviertes?
14. ¿Qué te gusta hacer?
15. ¿Qué te hace sentir la calle?

Tiempo y Acciones del día (café) descansar, consumo trabajo y cuidado

1. ¿Has encontrado algún lugar o persona que te haga sentir seguro? Menciona cual/cuáles
2. ¿Con quién compartes tu tiempo?
3. ¿Cómo obtienes dinero?
4. ¿Qué es descansar?
5. ¿En qué momento del día descansas?
6. ¿En dónde haces tus compras?
7. ¿En dónde trabajas?
8. ¿Cómo te cuidas?
9. ¿Cómo cuidas a los demás?
10. ¿En dónde descansas?
11. Existen grupos de 24 horas donde la estancia es voluntaria y gratuita
12. Para asistir al centro de día es necesario suspender el consumo

13.El consumo influye en cómo piensas, sientes y actúas

14. ¿Qué tipo de trabajo te gustaría tener?

15. ¿Con quién compartes tu espacio?

Derechos humanos (azul) comer, salud, aprender, aseo

1. ¿Qué haces cuando te enfermas?

2. ¿Quién te ayuda cuando te lastimas?

3. ¿Con quién comes?

4. ¿Qué es aprender?

5. ¿Qué aprendes?

6. ¿Qué objetos de higiene personal conoces?

7. ¿Para ti qué es el aseo personal?

8. ¿Qué instituciones conoces?

9. ¿Qué derechos conoces?

10. Todos los derechos humanos deben ser universales y no negociables

11.La educación en México es un derecho

12.No te pueden negar el servicio a la salud....

13.Tienes derecho a tener documentos que acrediten tu identidad

14.Existen instituciones como Pro niños que te ayudan a conocer y ejercer tus derechos

15.Existen instituciones en las que puedes asearte con una aportación voluntaria como...

Suerte

Mala Suerte

1-Pierdes una ficha de color x3

2-Pierdes un turno

3-Los compañeros te harán una pregunta

4-Retrocede 5 casillas

5-Congelado x2

6-Intercambia tus fichas con el de la derecha

7intercambia tus fichas con el de la izquierda

Buena suerte

1-Elige que color contestar

2-Vuelve a tirar x3

3-Guarda esta tarjeta para descongelarte x3

4-Toma una ficha sin contestar la pregunta x2

5-Puedes hacerle una pregunta a un compañero

6- Ve a la casilla del color que te falta

7- Intercambia tus fichas con quien quieras x2

8-Avanza 3 casillas

9-Puedes responder dos preguntas del color que quieras x2

10-Cambió de pregunta x2

11-Ve a la casilla de algún compañero (tu eliges cuál)

12-Canjea esta tarjeta por tu última ficha

Fotos



Foto 1. Juego realizado en comedor en la zona centro



Foto 2. Juego realizado en un predio en la zona centro



Foto 3. Juego realizado en Garibaldi



Foto 4. Juego realizado en un predio en la zona centro

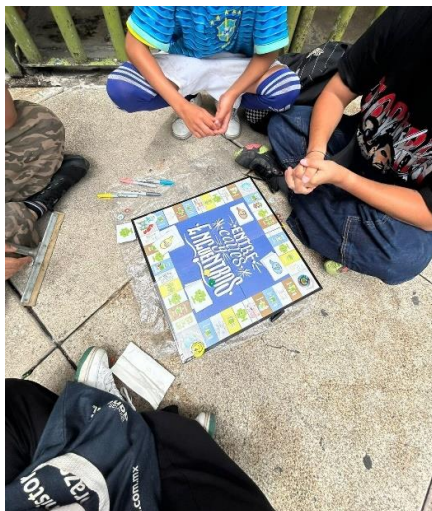


Foto 5. Juego realizado en un semáforo en Garibaldi

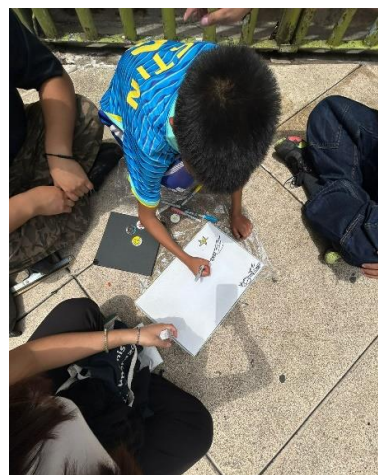


Foto 6. Juego realizado en un semáforo en Garibaldi



Foto 7. Juego realizado en la plaza de las conchitas



Foto 8. Juego realizado en la fundación Pro niños



Foto 9. Juego realizado en la fundación Pro niños